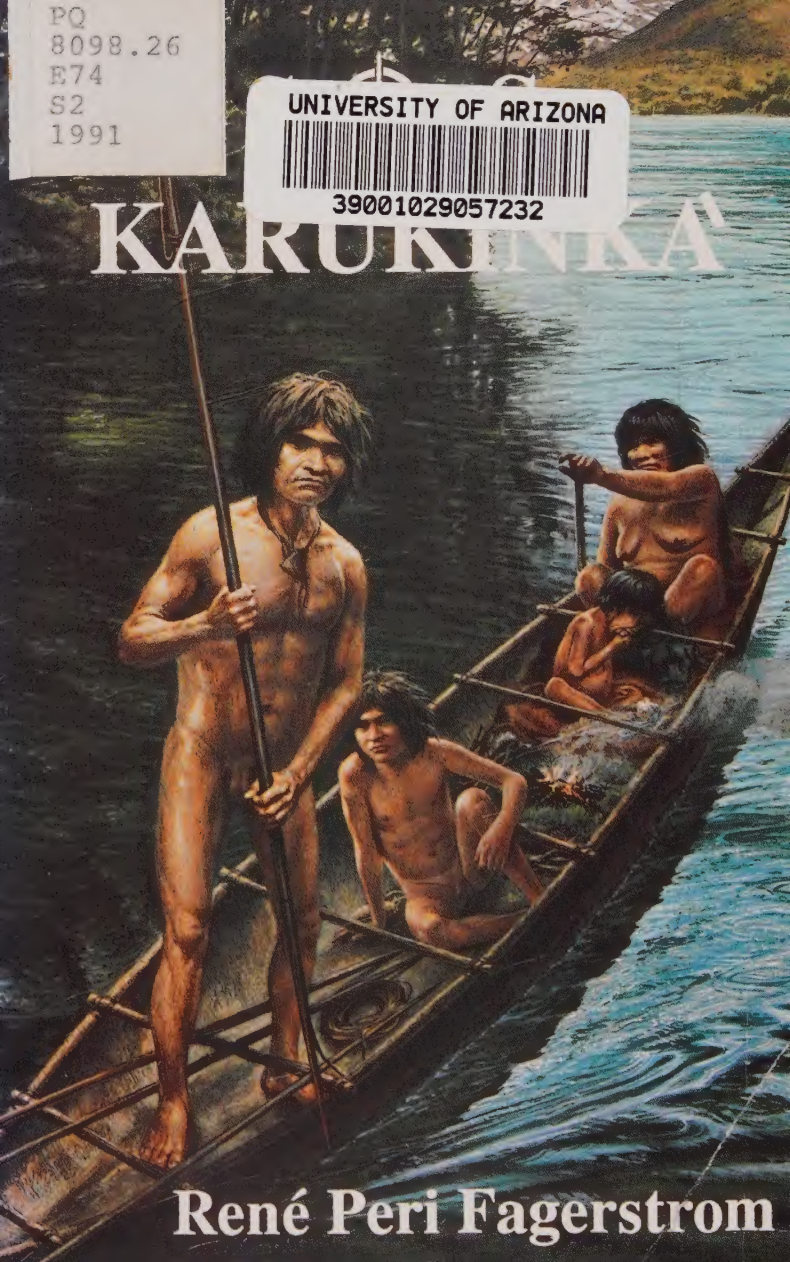
PQ
8098.26
E74
S2
1991

UNIVERSITY OF ARIZONA
39001029057232

KARUKINKA



René Peri Fagerstrom

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos o químicos, incluidas las fotocopias, sin permiso del Editor excepto citas en revistas, diarios o libros, siempre que se mencione la procedencia de las mismas.

EDITORIAL LA NORIA
Alameda 1302 Of. 130
Fono 6987881

S.O.S. Karukinká
©René Peri Fagerstrom
Inscripción Nº 77.367
Derechos reservados

Primera edición
Enero 1991

Dibujo portada:
Eduardo Armstrong

Composición:
Mario Carrasco / F. 495748

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

René Peri Fagerstrom

PQ
8098.26
E74
S2
1991

S. O. S. KARUKINKA

EDITORIAL LA NORIA

S. O. S.
KARUKINKA

A mi nieto Giordano,
Guardanubes de los
horizontes azules.

El autor

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/soskarukink0000renp

Prólogo

A veces el paisaje escrito de los naturalistas conminaba, se ofrecía como un bochorno de los hombres o como su más firme patrimonio. Sin embargo, al avanzar el tiempo, no fue difícil ver el cambio. Se trataba de convencer al lector de cómo el marco podía, en verdad, constituirse en parte vívida del ser del cuadro.

Hay unas páginas bellísimas de Domingo Melfi acerca del hombre y la soledad en las tierras magallánicas, un texto inolvidable de Mariano Latorre sobre los "siete paisajes" de Chile, unas prosas espléndidas de Gabriela Mistral en donde se asiste al milagro del sur austral, en una especie de muestra de geografía vivísima.

En la obra de René Peri hay una voluntad de hacer de la búsqueda el milagro del conocimiento de Chile y de su gente. Lo ha logrado asistiendo, con ojos, con el cuerpo y el alma, al milagro de hallar consonancia afectiva del hombre en el contacto con la tierra. Es conocer el mundo como lo sabía adivinar la épica.

Juvencio Valle escribió, en un poema bellísimo: "la jornada requiere sentido extraterreno,/ y más que eso, corazón de epopeya". Si bien él miraba el trabajo del hombre que abría el surco y echaba la semilla del país, nosotros advertimos que el sur austral, el pellín en donde se graba esta historia de Peri, es una exhibición de la fuerza de un territorio de la épica y la muestra del

coraje de algunos aventureros. Aquí estuvo el fogón, y se produjo la cacería de los guanacos, y la asonada tiño de sangre la blancura de la nieve.

Hay en esta obra de René Peri una muestra de los privilegios de esa épica cotidiana que miró muy bien Jack London y que, entre nosotros, sin postular un corte "ideográfico", llevó a un vasto territorio -o paisaje del alma, para emplear el término unamuniano- nuestro gran Francisco Coloane.

No parece ya sorprendernos recordar que este hervidero de la pasión fundadora surgió del fusil, del despojo, de la sumisión, del coraje, de la migración, de los riesgos. Porque, en nuestros tiempos, ya la violencia no es la anomalía, sino más bien la corriente alterna que trae consigo el nuevo tejido urbano, la fuerza del consumo, la pasión del Poder con mayúsculas, el despliegue de las formas de odio, que surge tanto en las usinas de la muerte de la técnica de la guerra como en las cifras de la economía.

Este libro busca recuperar la idea del lector y de su oficio. Evita la apuesta por la novedad en sí, con miras a la legitimación que puede conferirle el mercado. No pretende erigirse como el modelo de una especie de acting out, ni de dejarnos padecer el psicodrama como una clave de la modernidad. Peri se atiene a una forma, no se desmide, cuenta reposadamente, aunque sin valerse de las tautologías. ¡Cómo no agradecerle de todo corazón, su deseo de reconquistar al lector!

Alfonso Calderón

El festín de los hambrientos

Después de fondear el cúter en la primera poza abrigada que encontraron, Gandolfi y Baxter comenzaron a internarse en la selva fueguina caminando por entre el lianaje retorcido, con la vista alerta y los rifles preparados, bala pasada y sin seguro. Un chivateo gutural, sostenido, había anunciado la presencia de indígenas. La imprudencia no es un pecado que puedan cometer impunemente dos aventureros que desembarcan en la costa oriental de la Tierra del Fuego. Una cosa es cazar nutrias o conchabear cueros con los indios y muy otra hacerles la guerra o mostrarse desafiantes. Se lo habían advertido los salesianos de la Misión Candelaria, como asimismo los anglicanos del canal Beagle, y aunque Gandolfi era agnóstico absoluto y Baxter un calvinista indeciso, concordaron en que los religiosos tenían razón; tarde o temprano los onas tomaban revancha.

Avanzaron cada vez con mayor sigilo, a

medida que la intensidad del griterío aumentaba. ¿Orgía alcohólica luego de algún naufragio o el término de una ceremonia de kloketen[1]...? También podían estar celebrando alguna victoria guerrera sobre sus enemigos Yámanas de la parte sur de Karukinká[2]. Recién llegados a la Isla Grande era bien poco lo que esos jóvenes sabían de las costumbres nativas, salvo lo aprendido en los libros, conocimiento a menudo insuficiente. Sea lo que fuere había que andarse con cuidado. No pudo dejar de sonreír el inglés cuando intercambiaron impresiones, cuchicheando. Desde que trabaron amistad en la políglota Punta Arenas discutían cuál raza había contribuido más a la civilización del mundo, si la italiana o la británica. Descubridores y colonizadores unos; pioneros, mercaderes, abridores de rutas los otros. Así habían ido quedando palabras sajonas y peninsulares adoptadas en los dos hemisferios y en los siete mares, incorporadas a los idiomas, irreemplazables. El "raque" o pirateo de restos náufragos era un aporte inglés, venía de "wrake" y era muy posible que el chivateo indio se originara en un desastre marítimo. Tras un lengal que el viento inclinaba hasta el suelo, apareció de pronto la costa plana del cabo de Santo Domingo llena de guijarros, en una de cuyas pozas abierta como un fiordo se

1. Ceremonia de Iniciación Guerrera-Shelknam.
2. Tierra del Fuego, en lengua Ona.

agrupaban los onas. Casi al mismo tiempo una bocanada pestilente les llenó las narices. Allí, sobre el dorso putrefacto de una ballena jorobada, medio centenar de individuos semidesnudos mordisqueaban la carroña. ¡Kaelep, Kaelep! gritaban cada vez que engullían un bocado. Un zumbido de tábanos electrizaba el ambiente, tajadas de carne putrefacta eran disputadas con ira. ¡Santo Dios! Sobre los lomos del cetáceo, entre las fauces, metidos en el vientre, los onas enterraban sus dientes o se ayudaban con valvas afiladas para mondar los huesos. Buena parte del animal ya era un esqueleto roído, en el cual las vértebras sobresalían, amarillentas. Dos o tres indígenas atacaban el mocho de la lengua que seguramente no alcanzaron a engullir las orcas asesinas antes que su presa buscara refugio en la playa. Un tropel de perros completaban la escena disputando los despojos de sus amos.

¡God...! Los europeos siguieron avanzando, impulsados por una fuerza incontrolable, incrédulos. El hedor fue la última barrera que los contuvo muy cerca del campamento indígena, si podía llamarse campamento a un montón de palos afirmados entre sí, cubiertos de pellejos y champas de turbas. Algunos nativos, los más cercanos, voltearon los rostros y dejaron de masticar un momento, con las comisuras chorreantes de aceite, al percatarse que los intrusos estaban ahí, alucinados, a pocos pasos. Uno

tomó un arpón, pero no hizo amago de dar la alarma. Los nutrieros robaban cueros, lobos de dos pelos y mujeres, pero nunca se les vio participar en sus festines. Por lo demás había carne de sobra; el tripal de la ballena estaba a su disposición, la cabeza también, grasa a destajo.

¿Qué extraña razón impulsó a los europeos? Jamás lo supieron. A la América se iba a buscar oro, a juntar pieles, a criar ganado, pero no a culturizar indios. Ese menester correspondía al gobierno y a los misioneros. ¿Qué fue entonces...? ¿Una protesta nacida del gran tuétano cristiano que pretende monopolizar la ética de las costumbres propias y ajenas? No, aquella visión espantosa no era occidental, ni siquiera calzaba en el esquema de las razas dominantes. Era necesario detenerlos, interrumpirlos. ¡Sporca miseria...! Gandolfi dio un grito y Baxter, más práctico, disparó su arma al aire. De inmediato cesó el bullicio y el ajetreo. Las mujeres huyeron al bosque y los niños las siguieron, pues cuando un blanco dispara los indios saben a qué atenerse. Los hombres se protegieron tras las rocas, gesticulando, algunos tomaron piedras, otros alcanzaron sus arpones y varios recogieron sus arcos y flechas. Seguros de su liderazgo moral y del poder de sus armas, los koliots[1] siguieron avanzando, otro tiro terminaría de amedrentar a la indiada, después

1. Koliots = hombres blancos.

tendrían tiempo de hablarles. ¿Hablarles de qué? ¿De que esa ballena descompuesta no se podía devorar? ¿De que era horrible, que se iban a enfermar, que era asquerosa...?

Los indígenas desaparecieron, mimetizados en la vegetación y las rocas, primero zumbó una flecha, luego otras, pequeñas, casi inofensivas, hechas más para pescar en los chorrillos del último confín de la tierra que para atacar seres humanos. Del bosque, como una saeta, hendió el aire un harpón y quedó cimbrando en la arena a centímetros del lugar en que estaba el italiano. Una piedra golpeó a Baxter y lo hizo trastabillar. Furioso se echó el rifle a la cara e hizo puntería a los matorrales donde algo se movía. No alcanzó a oprimir el gatillo. En pleno estómago recibió un golpe de boleadora y se dobló en dos. Gandolfi también cayó derribado de una pedrada. En segundos se encontraron rodeados de un círculo ahuyante, belicoso, que separó a patadas los rifles y los despojó de sus cuchillos descueradores. Sin hablar, retorcidos de dolor, esperaron el arponazo final. Más triste que morir joven es la manera de morir. El italiano, en un intento desesperado, sacó del morral el permiso de la Gobernación para cazar en los islotes de la Tierra del Fuego. Quizás el temor a la autoridad...

Un indio tuerto, enclenque, tomó el papel y lo revisó por ambos lados. No, no era moneda, él

conocía los papeles con los cuales los koliots concheabean cosas. Esos papeles de nada servían a la tribu ona. No se comían ni se bebían, tampoco se usaban de adorno. Pero era un papel de color, con sellos cabalísticos, valioso al parecer. Por de pronto salvó la vida a los nutrieros porque un anciano, provisto de una vincha emplumada, intervino y arengó a los hombres Fue enérgico y convincente el Kon[1]. De todas maneras los prisioneros fueron asegurados con ataduras de nervios de foca y arrastrados a las cobijas del tolderío. El ona tuerto volvió al cabo de algunos minutos, apenas se retiro el viejo hechicero y se instaló cerca de los europeos, con la piel de guanaco envolviéndolo entero, como un vampiro al acecho.

-Yo ser cristiano-... dijo. -Yo ayudarlos, yo estar en la misión Candelaria.

-Gracias, suéltanos entonces. Mi amigo estar kaput -masculló el italiano.

El indio movió la cabeza lentamente, sin dejar de sonreír. Las crenchas hirsutas, tiesas de mugre, caíanle sobre los hombros dejando al descubierto su único ojillo saltón, una frente angosta sin cejas y la trompa bucal donde se confundían dientes y narices.

-¡Je. Je! ¿Querer irse no...? ¿Adonde?

Gandolfi titubeó, algo buscaba ese

1. Kon = Brujo.

indígena, su rostro era maligno, distinto a los demás.

-¡Al nostro campamento... siamo molti... muchos!

-¿Y tener guachacay?

-¿Guachacay?

-Si, si, guachacay -el indio simuló empinar una botella. ¿Comprender tú?

Gandolfi comprendió. El interés mutuo no ha sido jamás ciego ni difícil de entender. Asintió vivamente y una mirada de complicidad brilló en el ojo sano del nativo. Claro, ellos, los koliots traían aguardiente, pero lo habían dejado en la embarcación, lejos, en algún surgidero oculto.

-¡Liberami... suéltame bruto!- Más que las palabras fue la mirada acerada del prisionero la que hizo volverse al tuerto. Acercó su boca podrida al italiano y trató de reír.

-¿Tú darme mucho guachacay?

Baxter se había logrado acomodar en la base de un tronco y con sus manos libres, a pesar de tener atados los codos, se palpaba la herida que ya no sangraba. El frío lacerante parecía escarbarle las mataduras. Además esa fetidez y la pringue de los cueros lo iban a gangrenar en horas. Presintió que estaba a punto de perder el conocimiento ¿pero qué estaba hablando el italiano con el ona alcohólico? ¿Pretendía escapar solo y dejarlo a él ahí, muriéndose de a poco?

-¿What do you do?- Gandolfi le hizo un gesto convencional, tranquilizante. No lo iba a

dejar a merced de esos salvajes, pero tampoco podía ser muy expresivo, pues los tres -ellos dos y el tuerto- hablaban su propia jerigonza conjugando malamente una docena de verbos españoles.

Durante la tarde y primeras horas de la noche, continúo la merienda indígena con los restos del cetáceo. El agua salobre y el hedor circundante fueron aletargando a los jóvenes hasta acostumbrarlos a la pestilencia del entorno.

-¡Agua!- pedía el inglés con las calenturas de las primeras fiebres. Gandolfi también tenía sed e hizo coro a su amigo, aún cuando estaba fraguando un plan y no quería malgastar energías.

-¡Agua... agua! ¡water!

El ona tuerto volvió una vez más con piltrafas de ballena y las tiró entre ambos para que comieran. Debió retirarlas ante el rechazo de los prisioneros, a punto de vomitar, palpitantes de asco. ¡No, cualquier cosa, aparta esa podredumbre! El fueguino los miró con extrañeza. Gente rara, pedían ayuda y luego la rechazaban. En fin, con tal que se mantuvieran vivos hasta más tarde...

Cayó la noche y con ella el frío subantártico, gélido, penetrante. Se encendieron fogatas dentro y fuera del tolderío. Por los intersticios de sus poros, Gandolfi sentía colarse la humedad casi material, algunos escalofríos empezaron a

sacudirlo. Persistía la sed, unas ansias locas de beber cualquier cosa..., aunque fuera agua podrida. Su amigo ardía de fiebre y el vaho caliente de su boca lo aspiraba Gandolfi. Si el tuerto no venía a auxiliarlos pronto, Baxter moriría esa misma noche. Y al día siguiente -si es que había día siguiente para el italiano- amanecería abrazado a un cadáver.

El indígena llegó cuando se hizo el silencio. Lentamente, mostrando sus dientes romos, los desató. Gandolfi trató de mover sus miembros entumecidos y pudo apenas. Al levantarse, el inglés falto de apoyo, rodó en el hueco que su amigo dejaba y allí permaneció quieto, con el cuello doblado, respirando fatigosamente.

Gandolfi se puso en pie y contempló los grupos que dormían alrededor de las fogatas, bajo lianas y pieles, acurrucados. En los toldos se apretujaban mujeres y niños. De la ballena destasada quedaba muy poco, sólo la enorme cabeza narval. Varios perros cubrían a sus amos, mientras se rascaban y frotaban contra los pellejos.

El ona alzó uno de los perros y lo puso sobre el cuerpo del inglés a una seña de Gandolfi. Abrió los ojos una india gorda al sentirse despojada de su abrigo, pero el tuerto la hizo callar con un gesto. Asustada se dio vuelta para tapar sus críos. El italiano, castañeteando, avanzó hacia la fogata. -¡Agua! pidió, pero el indio se limitó a enseñarle la ballena invitándolo

a comer. ¿Es que estos salvajes sólo comen carroña y no sienten sed jamás?

La fogata regaló al joven su calorcillo y allí se habría quedado hasta el fin de sus días, si el fueguino no le hubiera punzado las costillas con el arpón. Le urgía el guachacay. ¡A questo stupido lo ammazzo...!

El italiano tomó un cuero maloliente, y se cubrió las espaldas con él.

-¡Andiamo!

-¡Kiustel!-[1] respondió el salvaje.

Se percató de que el Kon de la tribu, al cual le profesaba evidente temor, estuviera durmiendo e inició la marcha.

La luna llena iluminaba el bosque, buen augurio para los indígenas. -La luna estaba satisfecha, gorda, ha comido bien- pensaba el tuerto mientras trotaba al lado de Gandolfi adelantándose a veces, esperándolo siempre. Ya podría emborracharse días enteros con botijas de guachacay para él sólo. Poco le costó dar con el cúter cabeceando en la poza. El indio apenas tuvo un segundo para observarlo porque el garrotazo de Gandolfi le quebró el cráneo limpiamente. Voló por ahí un quetro y una pareja de armadillos se dio a la fuga, asustados con el derrumbe del cuerpo en la hojarasca. Luego nada; sólo el trajinar nervioso del italiano buscando agua en el camarote. No encontró y en-

---

1. Kiustel = vamos, lengua ona.

tonces destapó el brandy de Baxter. Bebió un sorbo sintiendo el escozor del alcohol en la tráquea, en el estómago y en toda su humanidad adolorida. Botó al mar la piel hedionda y se cubrió con lo que encontró a mano. Otro sorbo y revivía. Buscó los desinfectantes, vendajes, cuchillos, balas, su revolver, más balas. Estaba febril, impaciente. Si se apuraba... El inglés, débil como estaba, no podría caminar. Ir remando en el botecito del cúter era arriesgar mucho. ¿Huir solo? Si. ¿Por qué no? ¿Qué esperanzas tenía el otro de sobrevivir? De los camaradas en apuros suelen emerger los peores enemigos. Gandolfi no supo cómo se encontró sentado en la panga del cúter, fijando las chumaceras, pronto a desabracar. Iría a buscar auxilio a Natales -aligeró la conciencia- mientras con un remo impulsaba el bote de su fondeadero. Bebió otro trago y se sintió mucho mejor, valeroso. ¿Por qué huir? ¿Por qué dejar morir a su buen amigo, con el cual había iniciado esa aventura? ¡Nadie es malo de repente! Sintió hambre y recién reparó que hacía tiempo que no probaba alimentos. El licor lo puso torpe cayendo de bruces al fondo de la panga. El golpe terminó por derrumbarlo extenuado y semi borracho. ¿Qué hora era cuando despertó? ¿Cuánto había dormido? La deriva mecía la pequeña embarcación suavemente en medio de la poza. Suerte grande que no haya soplado el weste en ese laberinto rocoso. Sentía el cuerpo deshecho y la garganta seca, además un

dolor atroz le revolvía el estómago, estrujándoselo. ¡Hambre! Extraña sensación ésta del hambre. No era el apetito frente a una mesa bien servida o el deseo imperioso de comer algo, sino un retortijón violento en todo el vientre, hasta la garganta misma. ¡Agua!

Allá lejos, paralelo a la costa, le pareció ver la silueta de un velero. ¿O estaba perdiendo el juicio? Más tarde sabría que estaba perfectamente cuerdo y que ese velero se llamaba "Trento" y que andaba en malos pasos.

Remó hasta la orilla y determinó su posición. Debía volver a buscar a su amigo o constatar su muerte. En menudo lío se vería con las autoridades chilenas si llegaba sin el inglés. En cualquier parte del mundo se desprecia al que abandona a un compañero herido y mucho más, en medio de una tribu antropófoga tal vez... También se suele sospechar cuando hay de por medio una riqueza en pieles de nutrias. ¡Y por último Baxter era su amigo! Se echó al hombro el morral con elementos de auxilio, amartilló el revólver, apuró otro trago de brandy y tapó cuidadosamente la botella. Se estaba embriagando, le pareció escuchar una lejana balacera, truenos seguramente. Mientras caminaba iba buscando algo que comer, algún fruto silvestre, moluscos adheridos a las rocas. Nada. Ni siquiera calafates o murtillas jugosas para masticar, solo turbales fangosos y la selva de ñires, impenetrable. Por ahí y por allá una huella de

zorro o de guanaco. Varias veces rodó por tierra y otras tantas se levantó. ¡Sporca miseria! Ni hongos ni raíces ni nada.

Hizo un par de disparos al aire, ojalá los escuchara su amigo. Volvió a caer y siguió avanzando con dificultad.

De pronto olió la fetidez de la ballena y apuró cuanto pudo el tranco. Llegó al lugar casi reptando, allí no había nadie, o mejor dicho los fueguinos habían desaparecido. Una núbe de caranchos negreaba sobre la mole de huesos, picoteando la carroña. Ni siquiera intentaron huir cuando Gandolfi avanzó hacia ellos, correteándolos, se defendían a saltos hundiendo sus patas en los costillares.

La fuga de los indios debió ser precipitada, pues se veían gangochos, cueros de lobos y leña humeante.

Dos caranchos se disputaban a graznidos una lonja de tripas. Millares de gaviotas devoraban también las piltrafas. De pronto Gandolfi vio algo que se movía con pesadez animal, al borde del bosque, diferente al aleteo de los pájaros... ¡Baxter!... Corrió el italiano y encontró a su amigo arqueado sobre sí mismo, grasiento de sebo, respirando dificultosamente. No se inclinó sino que cayó sobre él, incrédulo de verlo vivo aún. Por sus comisuras corría una especie de aceite granuliento, que le blanqueaba los pómulos, los labios, el cuello mismo. ¡La inmunda carne de la ballena! El inglés miró a su

amigo con tristeza, pero sin bajar la mirada. A su lado una india gorda y joven recogía las partículas sueltas y las guardaba en un cesto. Para cualquier aventurero que se interne en la Tierra del Fuego sólo los sentidos contienen cierta veracidad. La razón no tiene nada que hacer en ese ámbito. Un fenómeno reflejo se fue produciendo en Gandolfi; salivaba fuertemente y una fuerza irresistible, animal, lo llevó a estirar la mano.

Arrebató un trozo de carne que Baxter guardaba al lado de su cuerpo, protegiéndolo de las ratas selváticas. Protestó el inglés, pero estaba demasiado débil para oponer resistencia. ¿Por qué no iba Gandolfi a buscar su alimento a la playa como lo hizo él, disputándolo con los caranchos? ¿O por qué no aceptaba la compañía de la mujer sebichenta que le podía traer comida, agua y calor?

Para ambos la vida se había transformado de improviso en una tarea impostergable.

Gandolfi mordisqueó y engulló la carne lentamente. El bolo pasó al principio con cierta dificultad por la garganta afiebrada, luego no hubo problemas, se sintió con fuerzas. Avanzó hasta los restos del cetáceo y se abrió un hueco a patadas entre las aves de rapiña. De paso tomó una valva de choro y la restregó contra una roca, tal como lo había visto hacer a los onas. Así, raspada y filuda, podía servir mejor.

En la cabeza, en las cuencas mismas, bajo

los huesos, hasta donde no habían llegado ni los pájaros ni los indios, aún quedaba bastante carroña que lamer.

-¿Y esta mujer?- preguntó después.

-La dejaron los onas o ella se quiso quedar, parece que también era prisionera- respondió.

-¿Prisionera?

-Prisionera o rehén, no sé.

-Yo ser yámana- dijo la india y continuó hablando largo rato en un idioma ininteligible, mientras se tapaba la cabeza con ambas manos.

-¿Y los demás indígenas? -preguntó el italiano sospechando algo horrible.-

-Los mataron a todos- murmuró Baxter con los ojos extraviados por la debilidad.

-¡Los mataron! ¿Quiénes?

El inglés prefirió no contestar, o más bien no pudo, porque sollozaba. Gandolfi recién comprendió que la balacera que escuchó no había sido producto de su imaginación.

Ni tampoco fue una sorpresa el espectáculo de aquellos cuerpos mutilados que empezó a distinguir su visión obnubilada. Otros hombres blancos estaban con ellos en esa parte de la Tierra del Fuego.

-Tar stecj jec Karukinká-[1] murmuró la mujer escupiendo al aire.

---

1. La muerte llegó a Karukinká, lengua yámana.

Las orejas del capitán Mansilla

El "Trento" fue uno de los muchos veleros que a comienzos de siglo hacían la carrera entre Valparaíso y Punta Arenas transportando carbón, sebo y pieles.

Viejo estaba el "Trento", maltratadas las amuras y suelto el velamen, pero no tanto como para dejar el cabotaje y dedicarse, repentinamente, a otras tareas menos azarosas.

Nadie sabe como quedó matriculado en Punta Arenas, a nombre del capitán Roque Mansilla, enriquecido de repente y dueño de un chalupón desestibado que apenas pudo haberle dado de comer. Pero los mares patagónicos, en esa época, eran milagrosos...

La carrera del salitre estaba en todo su apogeo y en Iquique se bebía legítima champaña francesa. En los "fandangos houses" la marinería europea acudía a bailar y a hacer apuestas sobre el próximo récord de los veloces clippers.

-El "Potosí" voltejeó el Cabo de Hornos y

fondeó en Hamburgo a los cincuenta y siete días.

-¡Bah! El "Preussen" ocupó un día más, pero con sesenta y dos mil sacos de salitre en la bodega.

-¡Son of a bitch! Ya verán lo que hace el "Polynesia". Dejen que agarren viento los aparejos de sus cinco mástiles.

-Dicen que por las Falkland anda el "Trento" con sus aparejos de cruz...

-¡Cristo! Ese no ensucia sus bodegas con nitrato. Descubrió otro trabajito...

Al capitán Mansilla no llegaban los chismes de aquellos contramaestres ebrios. ¡Allá ellos con su envidia! ¿Que cómo había conseguido las libras esterlinas para comprar el buque? Es de mal gusto preguntar ciertas cosas en el Estrecho. ¿Lo vieron alguna vez rematar o perder al truco bolsas de oro como tanto dálmata y nutriero borracho? Nunca jamás. Una vida controlada, eso era todo. El cocinero filipino y dos chilotas viejas constituían su planilla de gastos, sin contar el timonel Oyarzún que trabajaba en una situación muy especial, una suerte de socio con riesgos y ganancias especiales.

El "Trento" zarpó una amanecida y durante meses no se supo más de él. Apoyados en las barras de las cantinas y en los mesones de los hoteluchos, los loberos aseguraban que el tal Roque se había metido en camisa de once varas, que no sabía capitanear buques mayores, que la barca estaba irremisiblemente perdida.

-¡Catay velo Jesús! comentaban las mujeres arrebozadas en sus chales de lana, oteando los bajos de la isla Marta, por si aparecía.

-¡Castigo de Dios, ese capitán está condenado!

-Dicen que caza indios...

No hay crimen que pueda cometer un navegante en alta mar que no lo aumenten las malas lenguas que se apretujan en el muelle para abrazarlo, si regresa. En aquellos años, los loberos de altura, es decir, los habilitados por armadores extranjeros, estaban bien provistos. En cambio los chumangos trabajaban precariamente y muchos solían estar meses y meses inactivos. Predominaban los buques de bandera norteamericana cuyos capitanes sostenían que habían heredado de Gran Bretaña el derecho a pescar en los mares australes. ¡Y vaya que era un derecho digno de defenderse! Rara vez los viajes en procura de lobos y focas resultaban un fracaso. Lastima que las grandes colonias peliferas disminuían a ojos vista. Los "gringos" utilizaban barcos de buen tonelaje- algunos artillados- y cuando operaban sobre un roquerío lo limpiaban a conciencia.

Sin perjuicio de matar a garrotazos miles de "popitos", faenaban cuanto ganado bagual se ponía delante de sus rifles, salando los cueros de inmediato.

Un chalupón construido en Dalcahue no tenía nada que hacer frente a las goletas afueri-

nas, más veloces y de amplias bodegas.

Esa fue la razón por la que el capitán Mansilla comenzó a juntar libras esterlinas durante años, a cualquier precio. Necesitaba un velero. ¡Pero que no le preguntaran cómo ni cuánto logró juntar para adquirir el "Trento"!

Ese era asunto de él y de nadie más. Por nada del mundo volvería a su chalana para husmear de lejos los pocos lobos que iban quedando en las islas cercanas.

Otros capitanes chilotes enfilaron al norte a cargar guano y más de alguno se quedó a "raquear" como pirata de capa caída.

Roque Mansilla no iba a caer en esas naderías. Así como había dejado de comer días enteros para comprar el remache que faltaba a las crucetas, así continúo adelante su empresa hasta que pudo ofrecer un buen precio por el tres palos "Trento".

¿Qué había cazado indios y llevado sacos de orejas a los estancieros de Tierra del Fuego? Bueno, ¿era el único? Si no cazaba indios él lo harían otros. Además era enemigo de matar niños y mujeres. Le repugnaba. En cambio los cazadores de tierra firme no hacían distingo alguno, siendo ona... Los estancieros querían orejas y Mansilla se las llevaba. Sin ser grandes matemáticos sacaban cuentas claras; si un salvaje comía cuatro o cinco ovejas al mes, el negocio resultaba redondo. No era pues mucho pagar una libra esterlina por cada indio muerto si se

consideraba que cada oveja costaba otro tanto. El frío razonamiento del cinco por ciento. Como siempre ha sido de mal gusto negociar cadáveres, bastaba el testimonio de las orejas para cobrar la pieza.

En cambio después, limpias las manos, podía zarpar a California cargado de trigo o a Calcuta con cobre, o a Europa con salitre. Existían otros derroteros más tentadores aún, la ruta hacia Oceanía estaba abierta y en Hawai corría la plata chilena a manos llenas. Los polinésicos adoraban el monimaru -el viejo peso fuerte o moneda del pájaro cóndor- con el mismo entusiasmo del capitán Roque Mansilla.

El "Trento" podía zarpar a cualquier litoral pues su dueño no le temía a ningún rumbo. ¿O tal vez se decidiera a repasar las últimas loberías de Diego Ramírez o a competir con los balleneros noruegos de la isla Decepción? No era una idea descabellada. Lo único que necesitaba era buena gente de cubierta, en lo posible sin problemas con la justicia, virtud algo rara en esas latitudes. Con dos o tres chilotes de confianza bastaba, los demás podían ser griegos, italianos, escandinavos o alemanes. La Patagonia estaba repleta de buscadores de oro, prófugos y renegados de excelente mala memoria.

Habiendo ginebra y raciones completas, lo demás no importaba. Salvo la paga final en pesos o libras esterlinas, daba lo mismo.

-¡Himmel! Los alemanes flojos en girar el

cabrestante empezaban a sudar, apenas olían dinero.

-¡Ventibogati!- Los dálmatas trepaban a la cofa mas alta como micos a la sola mención de cacería. Y nada más, ningún comentario, la gente preguntona no sirve. Menos ahora que las grandes bigoteras del "Trento" separaban los espumarajos de la boca oriental del Estrecho en su primera salida al mando del capitán Roque Mansilla. Barcas malvineras, pailebotes y caponeros europeos fueron quedando en la estela espumante del velero.

El viento iba con el "Trento" o mejor dicho, el "Trento" navegaba con el viento, grávido de fuerza el velamen, ronceando a veces, cabeceando otras.

El capitán Mansilla no despegaba la vista del litoral y su voz tronaba más fuerte que los oboes del viento.

-¡Babor- cinco grados de caña!

-¡Cinco grados más!... ¡Así, así!

Estaban frente a las costas de Tierra del Fuego y la vegetación achaparrada se divisaba en la cresta de las colinas como una peluca rojiza.

Una bandada de gaviotines pasó frente a la proa y rozó las olas.

Cormoranes, pájaros carneros y patos liles buceaban aquí y allá, en el irizado barniz del mar repentinamente calmo.

Pero Roque Mansilla no observaba la belleza marinera.

Se elevó la mano a la visera, amusgó los ojos y señaló hacia la costa.

-¿Qué ves allá, Mañungo?

El timonel siguió la dirección de la nariz y se encogió de hombros.

A excepción de la línea blanquizca de la costa, no se distinguía nada especial. Cerró un ojo el timonel para aumentar la potencia del otro.

La lluvia empezó a caer sesgada, recubriendo un área relativamente pequeña.

-¡Allá animal, en la playita, a estribor del Cabo Santo Domingo. ¿Viste ahora?

-¡Cierto patrón! ¡Puchas, claro! Es una ballena...

-¡Ah, ojo de águila! Por fin...

El timonel Manuel Oyarzún era hombre de confianza del capitán Mansilla, chilotes ambos y nacidos en Quemchi, lo que equivalía a algo así como ser parientes. Se entendían muy bien.

-¿Y qué se hace cuando se encuentra una ballena embarrancada por estos lados, Mañunguito...?- inquirió Mansilla, estirando sus belfos caídos.

No habló el tal Mañungo. Era chilote de pocas palabras y muchos visajes.

Levantó una mano, extendió el índice y carraspeó más con la tráquea que con los labios: ¡Pum, pum, pum!

Eso es, ya estaban de acuerdo. Suficiente: ¡Pum, pum, pum!

-Cae a la derecha cinco grados y prepárate.

-¿Vamos a ir los dos, no más? preguntó el timonel.

-Nadie más. ¡Mientras menos ojos mejor! Luego el capitán subió el puente y ordenó fondear y botar una chalupa. Los escobenes comenzaron a chirriar.

-Tú, tú y tú- señaló a cuatro marineros de nacionalidad indefinida. En pocos minutos los remeros estaban en sus puestos, bajo los tangones.

-¡Dirección!- ordenó Mansilla indicando el bajío donde se divisaba la masa negruzca del cetáceo. A las pocas brazadas corrigió de nuevo el rumbo: -Más a babor, detrás de los ñires.

Manuel Oyarzún, con dos winchester terciados y otras tantas cananas, se situó en la popa, mudo. Por temperamento hablaba poco, pero poseía, además, la intuición de saber el momento preciso en que no debía abrir la boca por ningún motivo. -Era listo su patrón-. Hacía bien en atracar un poco más lejos. Si enfilaba derecho a la ballena los indios huirían y, en todo caso, los marineros asistirían al trabajito. Porque habiendo ballena varada, era seguro encontrar indios en los alrededores. En cambio así, aunque tuvieran que andar un poco más, nadie sería testigo de nada. Y si alguno escuchaba tiros... bueno, ¿quién preguntó jamás en la Tierra del Fuego por unos disparos más, unos disparos menos?

-¡Ustedes quedarse aquí!- dispuso el

capitán una vez que vararon la chalupa. El mar estaba calmo y sólo el viento surweste manifestaba alguna vitalidad.

Los cuatro remeros buscaron refugio bajo unas matas de calafate y permanecieron callados. ¿A qué hacerse problemas? Todos sabían lo que iba a suceder. No se bota ancla en Tierra del Fuego para cazar conejos.

-¡Himmel! Vamos a teneg ogejas a bogdo...

-¡Sporca miseria! Quest'uomo e un maiale.

El capitán y su secuaz se alejaron rápidamente, saltando breñas y buscando atajos. El viento era favorable, ahora venía del weste. Estos onas tenían oídos de guanacos.

Momentos hubo en que debieron arrastrarse, reptar bajo las hayas para no dejarse ver, ni oler, ni emitir ruidos.

-Vamos a tumbar a los adultos, no más- susurró el capitán al oído de Oyarzún-. No me gusta matar niños; yo no soy como los otros, tú me conoces...

Las últimas palabras las pronunció en un tono bondadoso, pero no logró conmover a su acompañante.

-¿Y las mujeres, patrón?

-¿Son adultas o no?

-Sí, claro, pero como usted no quiere...

-¡Calla estúpido! ¡Una india con un arpón es tan peligrosa como un hombre! Además el precio es el mismo.

Estaban en la cima de una loma y por entre

las matas pudieron orientarse.

-¡Chist! ¡Allá se ve la ballena!

-¡Puchas el olorcito...!

En la playa, rodeando el animal varado, un centenar de aborígenes gozaban del festín. Iban y venían, arrancado colgajos de carne que mordisqueaban con voracidad. Algunos, hartos de grasa, dormitaban envueltos en sus capas de guanaco, dejando al aire los vientres hinchados y los rostros brillosos de pringue. No todos los días una tribu se daba el lujo de encontrar un bocado tan exquisito botado por la marea. Obsequio del buen dios Timauquel, seguramente.

-Tú apúntale a los que están cerca de la ballena y yo a los que duermen. Pásame el winchester.

Oyarzún, tranquilamente, acostumbrado al ejercicio, abrió las cananas y esparció los cargadores frente a ellos, de modo que el recambio de proyectiles se hiciera sin dificultades. Lo único que se requería era rapidez. Esos indios corrían como patos a vapor llegado el momento.

-¿Listos?

-¡Listos!

Ambos gatillaron al mismo tiempo y no solamente fue granate el cielo y la peluca de ñires que recubría el litoral fueguino, sino que también lo fue el roquerío y el manchón aceitoso que circundaba el cetáceo. Rojo el fumigazo de los rifles, rojo el pelaje de los cueros aportillados y rojo carmesí la humanidad cobriza del infeliz

grupo de indios.

Rojo, en regueros intermitentes, fue también el caminito de sangre que dejó atrás el capitán y su cómplice, al emprender el regreso. Terciadas las armas y en banderola las cananas, sólo tenían cuidado para una bolsa de arpillera que portaban entre ambos.

La cosecha de orejas se había hecho con cierta precipitación, aún se escurrían del saco goteras delatoras. Pero nadie hizo comentarios. En ese instante todos estaban en el secreto de todo. Resultaba hasta cierto punto incómodo, no haber visto ni oído nada. ¿Balazos? El estruendo de la fusilería pudo habérselo llevado el viento, pudo haberse perdido en las selvas o, pudo haberse extinguido para siempre en los mil vericuetos de las cavernas pingüineras.

En su bancada Mansilla temblaba ligeramente. Primera vez que le ocurría. Se inclinó varias veces sobre la borda y mojó sus manos. Luego refregó unas manchas de la blusa, limpió la abotonadura, estrujó la gorra. ¡Ese maldito brujo y sus amenazas! Observó de reojo a Mañungo. ¿Se habría impresionado también con lo que vió? ¡Que vá...! Ese era un inmundo pejesapo, incapaz de impresionarse por nada. Quizás su único mérito, al fin de cuentas, fuera ese. La antipatía secreta que, muy adentro, profesaba Mansilla a su timonel, era algo así como una forma de afinidad. Le servía y eso era suficiente.

La navegación se reinició en cuanto fue izada la chalupa. ¡Rumbo a Diego Ramírez, a las loberías aullantes y luego más al sur, a lo desconocido, a los hielos de Decepción si daba el trapo!

Nunca el "Trento", galopó tan rápidamente sobre el dorso de las olas, inclinado a veces, adrizado en seguida. Mansilla se alternaba con el timonel en el puente de mando, casi no dormía. El horario de guardia regía sólo para Oyarzún, más silencioso que nunca. El patrón fumaba y fumaba, amarillo entero; los dedos, la esclerótica, la piel.

¿A qué preocuparse tanto? pensaba Oyarzún. ¿Por una cosecha de orejas más? No, no podía ser esa la causa, ¿La navegación en aguas peliagudas? Tampoco. Algo extraño sucedía, sin embargo.

Un atardecer las velas comenzaron a arrugarse, sueltas. Luego cayeron recogidas sobre sí mismas como barbilla de viejo. El viento cesó de súbito y el "Trento" comenzó a derivar, sin gobernalle, en un mar de melcocha, espeso, igual que un pozo de mercurio. ¡Calma, chicha! flojeras del océano, tan ancho y tan hondo como el abismo que recubre. El capitán, se encerró en su camarote, ajeno a todo.

Una semana, dos semanas. El pringue de la sal empezó a decorar los masteleros y a dejar su rúbrica en la línea de flotación.

Las marinerías son alérgicas a las calmas.

Sin viento se ahogan, comienzan las murmuraciones.

-¡Ventibogati! Estamos jodidos.

-¡Ordure! ¡Son las orejas! Nous allons a la morte.

-¡Al agua las orejas!

A falta de capitán a quien apremiar, buenos son los timoneles, sobre todo aquellos de confianza perruna, liendres de piojos.

-¡Anda tú!- le dijeron a Oyarzún poco después de cumplirse el mes de balanceos. -¡Anda tú, que eres su cómplice y dile al capitán que tire esa porquería borda abajo!

-¡Ecco!... E presto!

-¡Donnerwetter!

El capitán abrió la puerta de su camarote, no tanto porque quien golpeaba frenéticamente dijo llamarse Mañungo sino porque la grita que lo acompañaba era amenazante.

¿...Y? ¿Qué quieres? ¿Tú también deseas botar las orejas al mar? ¡Anda, bótalas tú mismo, quémalas si quieres, pero diles a esos estúpidos que no tienen salvación posible! -Mansilla no hablaba; aullaba. Su rostro cetrino, barbudo, ni siquiera dejaba ver esas pupilas negras y codiciosas de antes.

-Patrón, usted está enfermo.

-¿Enfermo? ¡Pescado mugriento! Todos estamos enfermos, condenados. ¿O te crees que yo me voy a joder solo? ¡Ja, ja, ja! ¿Crees que soy el único culpable? Todos estamos metidos en

esto. todos. ¡Tú, ellos, yo. Las libras esterlinas que me van a pagar por las orejas servirán para cancelar parte de los sueldos. ¿Entiendes? Estamos en un buque pagado con orejas de indios. !Ja, ja, ja! ¿No escuchaste al brujo? Dime, ¿no lo escuchaste?

Recién Oyarzún comenzó a comprender ciertas cosas; la mirada extraviada del capitán, el encierro de los últimos días, ese silencio porfiado, sus temblores. ¡Claro! La culpa la tenía aquel indio viejo que los había amenazado en el cabo Santo Domingo.

-¿Ah... Parece que estás recordando?

Sí, Oyarzún recordaba, o mejor dicho, ahora le daba importancia a aquel episodio que le pareció sin asunto en la matanza. ¡Puchas! Se estaba cumpliendo lo que el indio dijo.

La imagen del hechicero ona compareció clarísima, como si se estuviera levantando frente a él en esos instantes desde el camastro del capitán.

Igual que una aparición diabólica, el anciano -cubierto de sangre- lo volvía a mirar, impertérrito. Tenía no menos de tres balazos en el pecho y aún vivía. Habíase alzado boqueando con un manojo de cueros en la mano.

-Soy el Kon- gimió, mientras se arrastraba hacia los blancos, afanados en su trabajo. El capitán le iba a dar un culatazo de una vez por todas.

-¡Maldito koliot! - lo rechazó el indio,

agonizante. Así como has exterminado a mi tribu con tus truenos..., así Kwanip el guerrero de la noche, soltará contra tí los perros de sus astros... -No habrá paz para tí, koliot asesino. Tu crueldad será mi gloria, ya verás. Te pudrirás de a poco, sin pesca, sin caza y sin reposo. El mismo viento que te trajo hasta Karukinká se alzará contra tí y te aplastará-. El hechicero hizo un postrer esfuerzo. Estaba expirando.

-Nada más podrás llevarte de Karukinká, nada mas...- balbuceó con dificultad.

Mansilla y Oyarzún contemplaron la muerte del indio, con el ceño fruncido, clavados en su sitio. El timonel fue el primero en recapacitar. ¡Vamos mejor, patrón, ya tenemos suficiente! No vale la pena seguir.

-Sí, vámonos. No vale la pena. Ese viejo estaba loco.

En ese momento se escuchó un tiro de revólver, luego otro, como si alguien estuviera disparando en las cercanías. ¿El eco? ¿Glaciares en derrumbe...?

Y en ese momento también el capitán vio a Baxter, pálido de estupor y miedo, apoyado en una roca. ¿Quién disparaba? ¿Ese blanco? ¡Qué diablos estaba ocurriendo!

-¡Vámonos rápido!- ordenó Mansilla.

Ahora se estaba cumpliendo la maldición del indígena. Tal vez había empezado a cumplirse mucho antes, desde que Mansilla empezara a temblar a cada rato, inapetente, aluci-

nado. Es que él había visto algo más, había visto a ese hombre blanco en quién Oyarzún ni siquiera reparó. Debía haberlo matado también.

-¡Ja, ja, ja! -La risotada histérica del capitán sacó de su laborioso trajín al timonel-. ¿Te das cuenta ahora, cara de sardina, lo que nos espera? Dile a la tripulación que bote las orejas, que le prendan fuego al buque, que me cuelguen si quieren. ¡Diles, diles! ¡Y diles que tuvimos un testigo que nos mandará a todos al diablo!

Calma y borrascas, padecimientos sin cuento, agua podrida, galletas rancias, ni una ballena flaca.

El "Trento" hizo su entrada a Punta Arenas con sus bandas grisáceas y el casco cubierto de adherencias. Nadie osaba dar crédito a lo que veía. ¿Sería un buque fantasma? Pero no, ahí estaba el velero, rolando bajo el sol mortecino del Estrecho, con sus aparejos blanqueados y sus lonas más remendadas que un saco de ladrón. La nave dejó caer el ancla. Rostros esqueléticos se asomaron a la borda y recibieron sin mucho entusiasmo la lancha de la Gobernación. Muy pronto, casi enseguida, se dispuso la cuarentena. ¡Fiebre, escorbutos, asesinatos!

Durante mes y medio el "Trento" continúo a la gira con ancla doble y ojo vigilante de la Gobernación. Estaba tan a mal traer que bastaría un surazo para bandearlo definitivamente. Casi era un milagro que hubiera llegado a puerto. El proceso fue lento, aquella gentuza

desnacionalizada carecía de prontuarios.

Terminada la cuarentena, se inició el desembarco. Tan raleadas se vieron las filas que habría faltado dotación para un cúter. No bajaron Rakowski, Blumberg, Moneaux y el cocinero. Tampoco bajó el chilote Oyarzún de quien se dijo había muerto de gangrena al infectarse entero mientras vaciaba materias en descomposición.

Entre los sobrevivientes descendió Mansilla, asténico, arruinado físicamente.

Jamás un capitán se había hecho a la mar con resultados tan miserables.

-Mejor se hubiera ido por ojo... murmuraban los loberos en sus conciliábulos de taberna. Por lo menos el seguro...

El capitán Roque Mansilla decidió vender el "Trento" a cualquier precio, pagaran lo que pagaran, pero ningún armador se interesó en sus ruinas crujientes, malditas, víctima ya de la arterioesclerosis del mar.

Al sur del Rio de la Mano se levantaban las barracas y astilleros de los hermanos Bonacic y hasta ellos acudió Mansilla solicitando se le permitiera carenar su nave, repasarle el maderamen, apretar pernos. Todo lo cancelaría con la venta del buque, apenas estuviera en condiciones de zarpar. Se llegó a un convenio. Saliendo el "Vichuquén" entraría a los rieles el "Trento" y, una vez reparado, su propietario se comprometía a subastarlo. Del remate saldrían

los dineros.

-Me conformo con que me quede un pequeño saldo para volver a Quemchi y morir en paz -manifestó el chilote al firmar el compromiso-. Mientras dure la faena seguiré viviendo a bordo, no tengo donde ir, supongo que no habrá inconvenientes...

-Ninguno. Está en su derecho. El buque es suyo...

Los acontecimientos se precipitaron la misma tarde en que el buque fue metido en el astillero, trincado y afirmado con rajones por ambas bandas. Primero sopló una brisa tibia, luego turbonadas a baja altura y, por último, las roncas bufadas del temporal desatado. Ráfagas de cien kilómetros por hora, bandazos siniestros, el implacable viento subpolar cayó sobre el buque maniatado. El "Trento", preso como una res indómita, corcoveaba. Las bodegas acompañaban con su tamboril de zunchos el ruido de la borrasca.

Los demás buques salieron a capear y en tierra los pescadores aseguraron los latones de los techos.

Trastabillando, sujeto a cualquier pasamanos, Mansilla salió de su camarote. El buque amenazaba con tumbarse de un momento a otro. ¡Maldición! ¿Y dónde estaba su tripulación, su gente? ¿Dónde estaba el timonel Oyarzún? ¡Eh...! ¡A trabajar gandules...!

Las cuadernas de la banda de babor crujían,

estaban a punto de ceder. El viento pulsaba las cuerdas tensas del cablerío y obtenía terribles arpegios. Una de ellas, cortada por la tensión, culebreó en el aire y dio de lleno en la frente del hombre. Cayó y se levantó gritando. Un golpe de viento lo lanzó bajo una rumba de cabullería y nuevas heridas verduguearon su cuerpo. Trató de arrastrarse, de caminar, de huir a cualquier parte. No pudo. Un trozo de arboladura se vino abajo con estrépito, despaletándole el hombro.

¡Santo Cielo! El mar y la tormenta lo guasqueaban igual que a una bestia acorralada. ¡Ese indio, ese indio apestoso, la maldición del ona! ¡Maten a ese indio asesino! El viento se llevaba los gritos y los estrellaba contra los remaches del varadero.

El "Trento" tembló y se inclinó aún más. Sólo tres o cuatro rajones lo sostenían en pie e impedían que cayera sobre sus costados.

En un amasijo de carnes, huesos y cadenas, rodó Mansilla por la borda, quedó un instante sujeto entre el cordaje y, por último, cayó a tierra.

Entonces, como si la tormenta hubiese estado esperando ese preciso instante, el "Trento" se fue de bruces, cansado de resistir tanto.

De Mansilla sólo quedó parte del brazo y una mano agarrotada, negra al cabo de breves minutos.

Allá lejos, en Karukinká, los truenos y

relámpagos marcaban en sus yunques el compás de la tormenta. Los últimos onas, refugiados en sus toldos sabían que Kwanip estaba luchando en el cielo. La venganza de aquellas lejanas deidades constituían una especie de justicia salvaje, brutalmente ecuánime.

Y debe haber salido victorioso el valiente Kwanip de aquel combate porque el "Trento" jamás volvió a descolgar sus chalupas loberas en los acantilados de la Tierra del Fuego.

El alacalufe perdido

A los veinte años, Charlie Beta Baxter, mestizo de india yagana y de un gringo de paso, conocía todos los secretos de la existencia brutal de los fueguinos. Sus greñas colorinas y los pómulos salientes revelaban el arquetipo de las mezclas raciales australes. Cuando se hundió la piragua de su madre y lo recogió la tripulación de un bongo nutriero, empezó a "civilizarse", esto es, a servir de mozo en los campamentos del oro o de "muchacho" para cualquier cosa en las chalupas balleneras.

De su infancia tenía recuerdos muy vagos, Huellanamaka su madre, una hermanita menor, Lakutabalakipa y otras kipas[1] más viejas que ahumaban cholgas, y vivían en el sector ona de la Tierra del Fuego. Del padre no tenía idea alguna, salvo que le debía, sin saber como, el conocimiento de varias palabras inglesas, las

1. Kipa = mujer, lengua yámana.

cuales, alternadas con expresiones yaganas, le permitieron ¡vaya contrasentido! entenderse a la perfección con los dálmatas de Lenox, con los "oreros" del cordón Baquedano, con los ovejeros de Caleta Josefina, y luego, nada, todo olvidado, la lengua "cristiana" solamente, incluso el apellido Baxter se le fue haciendo innecesario.

Hasta los años cuarenta todavía en Magallanes la gente no tenía problemas de identidad. El alacalufe Tonko llegó a Punta Arenas en un metalero nipón, cuyo capitán afirmó en la Gobernación Marítima que lo había encontrado en el canal Smith, a bordo de su chalupa incendiada. La marinería del puerto dudó mucho de tal incendio, pues lo más seguro era que el hombre llevara encendida su fogata cholguera, como es habitual. De todos modos el indio, bajo su greña, se limitó a repetir incoherencias en una mezcla de alacalufe y español, que nadie se preocupó de entender y que -por lo mismo- sirvió para que cada cual emitiera su propia versión. El hecho es que estaba en Punta Arenas y había que ayudarlo. No se dijera después que la civilización descuidaba las razas autóctonas, especialmente aquellas que estaban a punto de extinguirse.

Los japoneses hicieron una declaración a la U.P.I. asegurando haber "encontrado en las islas occidentales de la Patagonia un extraño aborigen

canoero, con carácteres tasmanoides". Suficiente, la verdad estaba dicha. ¿Quién puede saber más de Chile que un extranjero?

Tonko fue bautizado así en la capilla arzobispal, a pesar que se negó a dar su verdadero nombre Kaweskar. Le pusieron un nombre español que se perdió en el olvido. Obeso, de piernas y rodillas minúsculas, tal vez unos 25 años, tenía tan desproporcionada la parte alta del cuerpo y la musculatura de sus extremidades, que parecían pertenecer a dos individuos distintos. Su cabezota estaba cubierta de pelos lacios y enmarañados, nariz chata, poca frente y labios gruesos, por entre los cuales sobresalía una dentadura blanca, pareja, incisivos de orca.

Lo primero que hicieron los japoneses fue sacarle la piel de foca que le cubría el torso para ponerle un mameluco marinero dado de baja. Así desembarcó en Punta Arenas el indio Tonko. Una suerte de nacionalismo ofendido se apoderó de la ciudadanía. Un indígena chileno no podía andar vestido de esa laya. Se telegrafió a la posta aérea de Puerto Edén para saber el nombre y demás datos de Tonko, pero de allá contestaron que ningún alacalufe había emigrado del reducto. Antropólogos y etnólogos entraron en acción. ¿Pertenecería a alguna tribu ignota, no identificada aún, en los canales? ¿Sería un expulsado de su propia raza? A lo mejor no era alacalufe sino un yagán extraviado. O quizás... De todos modos era necesario

ayudarlo. La Intendencia inmediatamente se preocupó del problema; primero un examen médico, luego alojamiento. ¡Ah! y ropa adecuada, pantalones, alimentación y... un baño muy rápido. El hombrecillo temblaba de tal manera ante todas estas experiencias que alguien sugirió dejarlo vivir tranquilo. ¡Conforme! ¿Pero dónde...? Esa casa fiscal que se iba a demoler podría servir para un objetivo humanitario. Allá condujeron al indio después de haberlo fotografiado y entrevistado. Al principio todo el mundo porfiaba por atenderlo, obsequiarle alimentos y ropas, pero al cabo de unos pocos días, cuando se dieron cuenta que esos halagos no alegraban la existencia de Tonko, dejaron de visitarlo. Ya no era noticia. Además, el hombre dormía en el suelo y con sacos viejos se había armado un toldo en el patio, donde pasaba la mayor parte del día echando palos a una fogata. Cada semana, Tonko iba a la playa y retornaba cargado de pescados, patos, almejas y cholgas. Mucha gente trató de saber como cazaba el indígena pero no tuvo éxito. Tampoco iban a preguntarle a su casa porque la hediondez que salía del cuarto impedía entrar, repulsión que encantaba a Tonko porque, para él, los blancos eran aun más fétidos.

El servicio de beneficiencia tomó carta en el asunto y enviaba limpiadores a la casa de Tonko, especialmente en vísperas de ceremonias cívicas en las cuales el sorprendido individuo era

invitado seguro. También se le utilizaba en concentraciones políticas y como elemento de atracción para visitantes ilustres que siempre pedían sacarse una foto con el salvaje.

Pero no se crea que el alacalufe demostraba demasiado placer por estas cosas. Si bien es cierto, al comienzo reía durante las funciones, poco a poco fue tornándose más uraño, casi belicoso, a veces no se le encontraba. ¡mal agradecido! Es que los indios son todos así, traicioneros. Tonko no sólo despreciaba los regalos, sino que se había convertido en un verdadero protector de perros vagos. Más de una docena de quiltros vivían con él y dormían todos juntos en el patio. ¡Un asco!

Por estas razones el alacalufe no era muy bien visto en la vecindad, salvo por los niños que se dedicaron un tiempo a romperle la ventana a pedradas, situación que no pareció molestarlo demasiado. Hasta que un día ocurrió lo inesperado.

Charlie Beta, quién sabe por qué atavismo, era el único que simpatizaba de verdad con el indio y éste le era fiel como sus perros. De otro modo nadie se explicaba la ocasional presencia de Tonko a bordo del cúter en que trabajaba el mestizo. Si bien es cierto el fueguino Charlie Beta había resultado un excelente tripulante, nada autorizaba para admitir a bordo del

"Bories" a cuantos indios y vagos andaban sueltos. El patrón Bórquez se hacía el tonto pues Charlie Beta era un hombre al que había que darle ciertas franquicias como aquella de admitir a un aborigen en su propio camarote. Quizás ambos presentían, sin confesarlo, que el alacalufe daba seguras garantías de navegación en caso de emergencias.

El patrón regional Olegario Bórquez, estaba ahora exasperado. -¡Cuéntame que ocurrió Charlie! El muchacho explicó calmadamente: Anoche Tonko se encaletó en la estiba como siempre, murmurando tonterías. Yo todavía no me explico cuándo ni cómo descolgó el bote y se mandó a cambiar. ¡Me robó el bote esta bestia! ¡Y partió a puro remo quizás dónde...! ¿Se dá cuenta? el medio lío que se va a armar en la Gobernación, no tanto por la pérdida del bote, sino porque...

-¡Puchas! ¿Y los perros?- En realidad a Olegario Bórquez le importaba un pito los perros, pero tenía que decir algo.

-¡Qué sé yo de perros! A bordo no se los dejé subir nunca. Imagínese que se carnean un par de ovejas...

-¡Habrá que dar cuenta a las autoridades! -Bórquez siempre fue muy reglamentario.

-Supongo que sí...

-Esperemos un poco, por si acaso... -Los reglamentos del Estrecho se hacen y se cumplen según las circunstancias.

No regresó el alacalufe ni volvió nunca más. Una vez que la casa fiscal fue desinfectada, desratizada y repintada, pasó en cesión a una familia en aprietos después de un incendio. El Gobierno seguía haciendo obras sociales con su propiedad fiscal.

Del alacalufe se tuvo algunas referencias muy imprecisas; leñadores de Bahía Mansa lo vieron caminar a pie por la orilla del Estrecho, de roca en roca, en dirección al weste; un barco granelero informó haber observado una chalupa guarecida en la bahía de Hannover con un tripulante casi desnudo. De todos modos el indígena fue entrando en la leyenda y varias historias empezaron a relatarse acerca de su paciencia y bondad. El atavismo, el llamado de la selva, la raza autóctona...

-¡Qué lástima...! Ocurrirle tal cosa cuando el hombre estaba recién comenzando a civilizarse...

El Raque

Valparaíso mira para abajo, se asoma por todas partes, aletea cornisas y pañuelos tendidos. Las casas pintiparadas en los cerros tienen cimientos de aire y parecen levitar. Mirado desde el océano, da la impresión que todos esos balcones se van a desplomar de un momento a otro.

Por eso Anselmo Torres estaba siempre mirando al mar, de espalda a las quebradas, como ignorándolas. Su vida había transcurrido allí, en equilibrio, bajando siempre. De San Roque a las Zorras, a casa de un tío guachimán. Luego más abajo, a la Calahuala, ganando sus primeros pesos en una fritanguería. Se familiarizó tanto con los pescados que al poco tiempo bajó los últimos peldaños y se instaló en la caleta Portales.

Y de allí se había movido muy poco. Es decir, se había movido muy poco por tierra porque remando y aparejando velas había ido a

muchas partes. incluyendo tres años en Magallanes, donde trabajó en una centollera.

-¡Freddy, afirma la chumacera!

-¡Listo papá!

La chalupa se desestibaba a babor. Después de Semana Santa la iba a parar, Freddy necesitaba aprender a calafatear. La caleta poco a poco se había ido achicando a los ojos de Anselmo. Su playa, los nidales de botes, las rompientes. Más arriba la torre de San Francisco se empeñaba en reventar el estómago blanco de una nube sobre el cielo abierto de Valparaíso.

-¡Aguanta un poco por tu banda, chiquillo!

-¡Listo papá!

¿Puede un pescador ser feliz? Don Anselmo lo era si se entiende por felicidad llegar a viejo, con mujer, hijos y casa. Vida honrada y buena salud, chalupa propia. Buenos recuerdos también. Recuerdos que Anselmo transformaba en enseñanzas cada vez que se hacía a la mar con Freddy. Gorro de lana y botas de goma. Siempre ambos untados de yodo y sal, con la cosecha plateada saltando en un rincón de la embarcación.

-¿Sabes? Punta Arenas es puro Estrecho. Coquimbo es pura roca y Antofagasta puro cerro. Lo pasé bien, no te creas. Los chumangos y los machueleros son buena gente y los antofagastinos ¡mira tú! tu madre es de allá, changuita de nacimiento.

¿Por qué le había puesto Freddy a su hijo

y no Anselmo como quería su mujer? Anselmo no, era muy feo, muy de viejo. En cambio Freddy le serviría más tarde, cuando entrara en la marina.

Grumete Freddy Torres... Piloto Freddy Torres...

Freddy Torres. Buen nombre para hacer carrera. Ya estaba llegando a la edad. Ahora vendría lo difícil, decirle a la vieja que el niño debía partir a la Quiriquina. Lágrimas iban a haber, eso era seguro. Un solo hijo es poco para una mujer querendona. Dos o tres la habrían convertido en una reina, aunque viviera en la caleta Portales. En fin...

-En Guanaqueros me salió una vez un "julano" enredado en el chinchorro... -Anselmo no perdía oportunidad de enseñarle cosas al muchacho a pesar que éste parecía interesarse harto poco. ¿No fuera a ser que al guaina le diera por otra cosa?

No, no podía ser. Para Anselmo nada podía ocurrir fuera del mar. De ese mar al cual él pertenecía por completo, pavorosamente agresivo en las jornadas bramadoras y terso como la mejilla de un niño en las bonanzas.

La chalupa la había comprado después de casarse. Un pescador casado debe tener chalupa propia. Hasta días antes que naciera Freddy, la Celmira continuó con su trabajo de espinelera, enhebrando carnada en los anzuelos. Desde entonces también Anselmo reía por cualquier

cosa, reía tanto que el agua salada y los vientos terminaron por dejarle tatuadas las comisuras. Un tatuaje alegre que le impedía verse malhumorado, a pesar que los años lo estaban agrietando entero.

-¡Ahora sí, Freddy! ¡Atraca tú solo! -Anselmo dejaba su lugar al hijo y presidía la maniobra con gestos vagos, asintiendo a todo, aún a los pequeños errores.

No hubo más hijos. Tal vez la Celmira trabajó demasiado. Levantaron una casita en los bajos del cerro Esperanza a pocas cuadras de la caleta y dejaron pasar los años.

En la cubierta del buque, Freddy Torres se sentía como un trasbordado, pues las cosas se estaban precipitando. Parecía que sólo ayer había ingresado a la Escuela de Tripulantes y que la solemne ceremonia de egreso se estaba efectuando todavía a bordo del buque frigorífico "Cabo de Hornos".

Aunque el trabajo que le correspondía no era precisamente el de marinero, ninguna persona que zarpe por primera vez deja de sentirse todo un lobo de mar. Experimentar otra sensación a los veinte años es un descriterio, algo sospechoso. Menos cuando la navegación tenía como meta la Tierra del Fuego, en viaje directo, mar afuera, singlando por las costas más desoladas del mundo.

Inspeccionó por cuarta o quinta vez las tuberías, los diagramas de presión y los seguros de los estanques. Oficial de seguridad... título subyugante para un muchacho que la semana anterior era un simple estudiante.

Valparaíso, allá lejos, se empequeñecía, comenzaba a hundirse en el mar. Todo un magnífico naufragio a pleno día. Parecía un barco. Siempre había pensado que Valparaíso era un gran barco anclado con raíces en la puntilla de Playa Ancha. Sobre las altas quebradas, desde sus cofas de musgo, había visto transcurrir buena parte de su adolescencia. Pasillos, entrepuentes, jarcias llenas de ropa colgada. Por las calles empinadas bajó miles de veces camino del liceo al comienzo: a la Escuela de Tripulantes después, a la empresa petrolera finalmente. Siempre descolgándose, cayendo al plan. Cuando la prisa era mucha, le daba la impresión de precipitarse desde un palo mayor al abismo, como si aún le estuvieran tomando exámenes de navegación.

Y ahora a los mares del sur. Ningún hombre más orgulloso que su padre y ninguna mujer más preocupada que su madre.

-En cerro Sombrero deben vivir todavía los Cárdenas, irás a saludarlos. Con ese chilote trabajamos en el muelle de Puerto Percy, allá por el año cuarenta y tantos. Eran otros tiempos esos. Había que cruzar el Estrecho con el material, meterse en el agua congelada, pelearle a la

nieve...

-¡Ya! no asustes al niño con tus cuentos- intervenía la madre. Lo que debe hacer Freddy es cuidarse mucho. Abrigarse y comer de todo.

-Si no lo asusto vieja, todo lo contrario. Le digo que ahora es cómodo viajar en un frigorífico moderno. Antes había que enfrentar los canales, lobos, piratas, en fin. Una vez me persiguió un alacalufe cuchillo en mano...

Don Anselmo se rascaba la cabeza como acordándose de nuevas cosillas. Muchas las inventaba pero no le hacían daño a nadie.

Freddy sonreía. Su padre, si viajó dos veces en un buque de altura fue mucho. Pero el viejo tenía alma marinera, era porteño. Como toda la gente nacida en Valparaíso, don Anselmo era un eterno tripulante. Salía y regresaba. Mejor dicho, desembarcaba y volvía a bordo de una nave imaginaria, trasbordaba...

Hasta la cuadra de Ancud la navegación fue normal, sin problemas. Mar rizada en algunos rumbos, viento moderado y visibilidad amplia. El capitán era un hombre experto en esos mares y conocía la ruta de los canales como la palma de su mano. La conocía tan bien que no titubeó un instante en voltejear en redondo cuando el día se oscureció y el horizonte quedó reducido al arco de la proa. Se había visto en trances similares. Viento y marejadas verticales surgidas de pronto.

Podía ser un frente de mal tiempo serio. De

Ancud quedaban aún recuerdos del gran maremoto. Hasta le pareció ver saltar ratones desde unas claraboyas, como indício de mala suerte.

Viró la nave mientras el radiooperador daba aviso a la Gobernación Marítima del nuevo rumbo y empezaban las faenas de atrinque.

El buque, por precaución abandonaría la ruta del Pacífico y continuaría avante por los canales. En Puerto Edén, si era necesario, esperaría un práctico. Quizás no fuera para tanto...

Freddy Torres, pese a su risa nerviosa, estaba feliz. Canal Smith, Angostura Inglesa, lobos, arrecifes. Su padre ya tendría quien le hiciera el peso en relatos fantásticos después de la cena.

El frigorífico, como un fudre flotante, avanzaba por las rías y angostos canalejos coronados de vegetación achaparrada.

A pesar de que marchaba a media máquina parecía correr a una velocidad imprudente, rozando a veces los mañíos y cipreses de la orilla. En el puente de mando las sondas y radares llenaban de puntitos los diales luminosos. Toda precaución era poca por el tonelaje del buque. El adusto capitán iba pendiente de los faros y boyas que chequeaba en la carta.

-A estribor dos grados. Así, así...

¿Fue de noche o de amanecida? Freddy, el oficial de seguridad, jamás pudo recordarlo.

El remezón le hizo azotar la cabeza contra

un remache y rodó litera abajo. Una sonajera de alarma lo hizo vestirse como pudo. De pronto todo fue desconcierto y las luces se apagaron. Por los pasillos inclinados los hombres caían y se levantaban. Linternas por aquí y por allá. Un maquinista con el rostro lleno de petróleo, corrió gritando.

-¡Todos a popa! ¡Orden del capitán! ¡Todo el mundo a popa!

El buque estaba prácticamente tumbado en el canal, ido de ojo casi. Escoraba a cada instante. Afuera hacía frío y lloviznaba. El capitán rugía: -¡El bitácora, aseguren el libro de bitácora! El sumario va a decir la verdad. ¿Cómo sigue el achique, contramaestre? ¡Piloto estúpido! Todas las bombas a trabajar...

En vano fue aquel esfuerzo. La nave no resistía, estaba zozobrando.

-¡Al agua los botes! ¡En orden! Puerto Edén está a una hora de aquí. ¡Allá esperan órdenes! ¡Yo me quedo a bordo! Y usted también piloto Rodríguez! Un macabro quejido de la quilla fracturada se arrastró por el fondo del canal.

El abandono del barco se efectuó rápidamente, alumbrado sólo por el espumarajo que levantaban los remos al desabracar los botes. Noche negrísima, con lluvia nieve. Faltaba que un ramalazo de mal tiempo -de ese mal tiempo que el capitán había tratado de evitar en mar abierto- terminara con las últimas esperanzas.

-¿A ver...? Usted vuelva, joven. ¿No es el

oficial de Seguridad?... ¡Quédese también señor, aquí vamos a responder todos los oficiales! Nos quedaremos a bordo hasta que... ¡menos mal que no hay pasaje que salvar!

Freddy Torres, mojado hasta el tuétano, comenzó a odiar al capitán. A odiarlo con toda el alma. ¿Qué tenía que ver él con las averías del buque? La Empresa le había encargado la seguridad de las instalaciones, pero no del buque mismo. Para eso estaba el capitán, los pilotos y la tripulación. ¿Por qué diablos él? ¡Ese buque estaba condenado!

-Usted hace la primera guardia, jovencito -le había ordenado el capitán antes de calarse a descansar en un rincón del puente ¡Ojo y oído atentos! Alérteme a la menor señal de peligro, ya vendrán los de la compañía.

-Sí, señor.

¡... Menor señal de peligro...! El barco estaba tumbado de estribor y crujía a cada rato. En cualquier momento podía hundirse.

El oficial de seguridad estaba en ese miserable estado de ánimo del que tiene pocas cosas que desear y muchas que temer. Tal vez su padre no había exagerado tanto después de todo.

En los canales australes ningún buque se va a pique, sin que de inmediato un mundo sigiloso se ponga en movimiento. Un siniestro tam-tam de viento y lluvia comunica la noticia a través de los pantanos. Sombras de seres humanos y perfiles de bestias chapotean en el barro. Por ahí cae

un bongo al agua, por acá una proa hunde su bigotera en el fango. Son los "raqueros", especies de hombres de rapiña que huelen los naufragios y hurguetean en sus restos. Hay de todo en los canales. Indios, europeos, chilotes... Es una carrera silenciosa a través de la lluvia y la espesura nocturna. El botín está en relación con la prisa. No se puede llegar segundo.

Cuando Freddy Torres vió asomarse ese rostro patibulario por la borda, se sintió paralogizado. Trató de gritar y no pudo. Dos manos, tres manos, cuatro, engarfiaron su cuello. Sintió que el cerebro le estallaba. Vio a su padre sentado en la cocina relatando sus historias espeluznantes. Volvió a escuchar a su madre, acariciándole. Gustó el beso de la partida, la visión fugaz de Valparaíso hundiéndose con todas sus casas.

Una detonación. Otra y otra. La presión de las garras aflojaron. Lentamente la sangre volvió a irrigar sus centros nerviosos mientras un sudor frío le bañaba todo el cuerpo. Abrió los ojos y los cerró de inmediato, casi cegado por el resplandor de la lamparilla eléctrica que pendía sobre su cabeza. Tres nuevos golpes en la puerta del camarote terminaron de despabilarlo completamente. Estiró la colcha y se sentó en la litera.

-Adelante- murmuró por hábito.

-¡Vaya, vaya, mi joven oficial de seguridad, da gusto escucharlo dormir a usted...! -El piloto Rodríguez sonreía a través del mamparo. -Y eso

que llevamos apenas tres días de navegación. El capitán desea conversar con usted. Parece que hay filtraciones en un estanque.

-¿Filtraciones en un estanque? ¿Nada más que filtraciones en un estanque? Voy enseguida. ¿Está seguro que sólo son filtraciones?

El piloto lo miró con extrañeza.

-Mire, de eso entiendo poco. Yo sólo sé pilotar buques en el puente de mando. Lo que el casco lleva adentro no me interesa. Menos en estos frigoríficos que nadie entiende, salvo algunos expertos como usted amigo. Sin oficial de seguridad estos buques se irían todos a pique.

Freddy Torres no entendió la ironía y si la entendió lo disimuló con una risotada que se escapó camarote afuera. Saltó de la cama y se cuadró frente al piloto Rodríguez.

-¡A su orden jefe! Vamos donde mi capitán...

A medida que avanzaba por los pasillos se iba sintiendo más alegre, más confiado.

¡Qué facciones tenía ese pirata y qué oportuno había estado el capitán en balearlo!

-Oficial Torres -le expresó el capitán Pierce sin ninguna demostración de agrado- He recibido instrucciones de cambiar rumbo a Puerto Natales. Eso significa que debemos cruzar el Paso del Kirke. Quiero que revise cuidadosamente los sistemas de comunicaciones y estudie la cartilla correspondiente. Recuerde que no llevamos Práctico.

-Sí señor- respondió Torres, que no entendía nada de nada.

¿Había soñado, fue todo una simple broma? ¿Qué diablos ocurría a bordo?.

Años después pudo comprobar el Oficial de Seguridad, cuando las señas ineludibles de la experiencia aparecen en las sienes, que no todos los sueños son irrealidades, como tampoco todas las realidades son concretas, especialmente en los mares del sur, donde todavía singlea El Caleuche y se divisan en las noches estrelladas los míticos navíos del Arte.

Una buena decisión

Mirada desde arriba, como deben verla los cormoranes, la región archipielágica es un reventón de tempestades, golfos e islas, donde el hombre es uno de los seres vivientes más escasos.

Sin embargo, algunos van y vienen por el canal Smith, la Bahía Inútil o por los recovecos de Ultima Esperanza, capeando las bravezas del mar y el genio turbio de los capitanes impacientes.

En aquella soledad el hombre debe empezar a luchar por sobrevivir desde que nace, porque son contados con los dedos de una mano los que se han quedado a vivir en las tembladeras de la orilla o en los ñadis[1] poco explorados de los valles interiores.

Los pómulos salientes y las greñas colorinas de Charlie Beta revelaban el arquetipo de las

1. ñadis = pantanos.

mezclas raciales fueguinas donde todos los genes del mundo se han dado cita. Su padre, el gringo Baxter, había muerto de tétano y de su madre se acordaba muy poco y cada día que trascurría recordaba menos.

Cuando llegó a Puerto Natales, un lobero austríaco lo había encontrado vagabundeando por los muelles con escasas ganas de conversar y un apetito feroz. Sin autorización del dueño de una pescadería sustrajo una sarta de robalos que devoró crudos a la vuelta de la esquina.

Los conceptos de propiedad y justicia de los koliots eran incomprensibles para un adolescente indígena, por mucha mezcla civilizada que corriera clandestinamente por sus venas.

¿Odios raciales? No alcanzó a conocerlos. Su ancestro mestizo lo salvó del feroz genocidio que terminó con la tribu Karúkinká y domeñó a los yámanas del Beagle. El problema le vino después, cuando un sacerdote salesiano lo sacó de la cárcel casi a tirones pues Charlie Beta se estaba acostumbrando.

-¿Dónde te he visto por ahí?-

El muchacho se encogió de hombros. Ese "por ahí" significaba algo tan extenso que simplemente no cabía en lugar alguno de Tierra del Fuego y la Patagonia entera, tal vez Tekenika, Cameron o Seno Gallant.

-¿Sabes leer?-

-No.-

-¿Tienes padres?-

-No.-

-¿Algún familiar?-

El joven rió con su blanca dentadura al aire y se encogió de hombros. Primera vez que alguien le preguntaba cosas divertidas ¡familiares...! En los canales la familia dura hasta que los niños empiezan a caminar, o mejor dicho, a remar solos.

-Ven conmigo. Creo que vamos a ser buenos amigos, tengo unos cursos nocturnos y de día nos puedes ayudar, te ves saludable.

Charlie Beta resultó un alumno extremadamente listo, un tanto reacio a las disciplinas en los primeros días, pero poco a poco se habituó al régimen de internado, transculturizándose rápidamente. No fué un alumno común y corriente sino que una especie de monaguillo que servía para todo, salvo cuando estaba de mal talante. Su propio idioma nativo, el yámana, se le fue olvidando y si bien no logró su licencia secundaria, encontró trabajo como aprendiz de pañolero en una empresa relacionada con frigoríficos y con los religiosos. Previamente, a la hora oportuna, había efectuado su servicio militar en el grupo de caballería de Natales, y si hubiese querido habría seguido siendo un "choco" ejemplar, pero el atavismo de los canales le impidió seguir anclado por más tiempo.

Las grúas, el olor a brea y las imprecaciones de los estibadores le atrajeron mucho más que las voces de mando y las dianas matinales.

El aprendiz muy luego estuvo convertido en un managuá pañolero, sin perjuicio de seguir frecuentando a los salesianos que estaban felices con él, lo cuidaban e instruían como años antes lo habían hecho con otros antecesores, los indios onas de Puerto Harris, quizás con un poco de remordimiento, pues de esos indígenas no quedaban sobrevivientes.

Hasta cierto punto tímido y de complexión robusta, Charlie Beta tuvo amoríos liceanos con Jenny Fraga, hija de un comerciante más o menos conocido, lo cual no causó extrañeza en Puerto Natales, donde cada cual es antepasado de sí mismo, y un arriero de empuje puede convertirse en estanciero en un par de años, así como un hacendado con mala fortuna suele terminar de puestero sin perder un ápice de su orgullo. Basta un alud, una epidemia o un ventarrón de setenta nudos para desarraigar casas, ganado y comercios, moviendo a su antojo la rueda de la fortuna.

La movilidad social no deja mucho tiempo para recriminaciones ni arrepentimientos, lo más cuerdo es aceptarla como viene y adaptarse a ella.

En todo caso los Fraga, trasplantados del norte y víctimas precisamente de un aluvión del Río Side, nunca vieron con buenos ojos las relaciones de Jenny con ese muchachón rudo y de origen sospechoso.

-No es que yo discrimine, mujer...

-Si querido, yo te entiendo.

La solución llegó sin que nadie la buscara -y cada oveja con su pareja- el marinero Charlie Beta terminó enamorado de la Juana, hija del chono Barría, cuyas manos eran tan firmes descuerando un capón como suaves haciéndole cosquillas en el tungo musculoso.

Charlie Beta calzó justo en la familia de Baldovino Barría, típico guaytequero avecindado por una temporada de esquila en Puerto Consuelo, luego enrolado en las peonadas de Río Turbio, para terminar residiendo definitivamente en Puerto Natales. El allegado, aún cuando no era oriundo de las islas chilotas, también tenía un alma archipiélaga, con un corazón navegante bien anclado en las siempre procelosas caricias de Juana.

Charlie Beta y el chono Barría terminaron embarcándose en el mismo cúter cuyo armador reclutaba tripulación en Puerto Natales, previa recomendación de los salesianos.

El primer viaje del "Bories" iba a ser a Puerto Edén y luego a caleta Tortel, cargado con estacas de ciprés y mercadería a granel. Las diligencias del zarpe y el carguío del material se efectuaron en la Gobernación Marítima, sin problemas.

El patrón regional, Olegario Bórquez, dispuso un plan de navegación con las alternativas reglamentarias y singladuras precisas. Al voltejear el último promontorio del Canal Santa

María los navegantes comenzaron a vislumbrar algunas dificultades en el barómetro.

A la altura de Isla Ballesteros, donde irrumpen las corrientes del Golfo Almirante Montt, sobrevino una breve calma que nada bueno anunciaba. Albatros enormes y pájaros carneros seguían la estela del "Bories", mientras que en el único mástil de la embarcación los gaviotines se disputaban a picotazos el derecho a equilibrarse en su extremo.

Luego vino el paso del Kirke, el obstáculo más difícil de toda la navegación canalera. La presencia de tantas aves marinas en vuelo tuvo preocupado al Patrón del "Bories" y con razón. Eran presagios de mal tiempo en ese desfiladero, pues las marejadas durante la estoa chocan entre sí, con gran ruido y levantan espumeríos espantando a los pájaros.

El patrón Bórquez había llegado al "Bories" después de pasar las pellejerías que le corresponden a todo chilote emigrado de Dalcahue a las llanadas magallánicas. No tuvo paciencia para prosperar como ovejero, pues era apurón y en la Patagonia ese atrevimiento se paga. Todo el que se apura demasiado fracasa, la vida tiene un ritmo regulado por la naturaleza, suprema conductora de los destinos humanos. Olegario Bórquez fue lobero y durante muchos años "habilitado" de una compañía conservera en Bahía Lever, sobre el canal Smith. Le entregaron una chalupa, aparejos, alimentos y el

compromiso de pagar puntualmente esa deuda con sucesivas entregas de mariscos. ¡La gran ganga! Se incorporó a otros habilitados trashumantes que navegan por los canales interiores y, puntualmente, cada cierto tiempo aparecía con su carga de mariscos en bahía Level. Anotaciones, sumas, descuentos, algún adelanto en dinero y nuevamente a la mar. Jamás pudo cancelar el valor de la chalupa y muchos menos el dinero acumulado por la "habilitación". Así se incorporó a ese sistema de trabajo forzado o esclavitud encubierta que todavía impera en Calbuco, Puerto Edén y otros lugares donde las leyes laborales poco se conocen. Menos mal que Bórquez era soltero y apenas pudo dejó botada la chalupa y los espineles, dedicándose a "changas" ocasionales en Punta Arenas. Los habilitados casados difícilmente logran liberarse de sus amarras, pues deben remitir dinero a sus familias, se hunden cada temporada más en los libros de caja de las empresas conserveras, que empiezan a suministrar alimentos a la mujer y a los chiquillos, aumentando así la deuda de estos modernos siervos del mar.

Por eso Bórquez era muy buen marino, aunque tenía poquísima fé en la raza humana, especialmente en quienes saben manejar libros de contabilidad y son expertos en sonreirle a los chilotes.

Y más marinero se ponía Bórquez cuando su embarcación embicaba el Paso del Kirke, la

estrechez canalera más peligrosa de la navegación patagónica.

De pronto llegó la tormenta.

La angostura, de no más de cincuenta metros, desapareció en la niebla baja y el "Bories" empezó a bandear como una cáscara de nuez.

Bórquez, amarrado a un pilar del puente, miraba como la proa montaba a veces a niveles casi perpendiculares y allí permanecía minutos interminables, mientras la borrasca se estrellaba en los murallones del Kirke.

Fue necesario buscar refugio en un surgidero y botar toda la cadena al agua. En la bodega, la carga rompió sus ataduras y la estiba se tumbó a babor inclinando peligrosamente el cúter.

Cuando el surazo amainó bruscamente, con la misma prisa con que irrumpió, las aguas eran una masa viscosa, negra a veces, con marejadillas que poco a poco fueron aquietándose.

Una vía de agua había perforado las junturas del "Bories" y la escora a babor aumentó.

-¡Achicar! -rugió desde el puente Bórquez. -Todo el mundo al achique con lo que tenga a mano! ¡Charlie, a la bomba y el resto con baldes!

Apenas fue solucionada la avería, el patrón dispuso el cruce del Kirke, con el motor a medio andar, y la proa bien rumbeada. Barría, timoneaba con cuidado, firme la caña, la garganta más seca que otras veces.

Al paso del Kirke había que llegar a la hora precisa y en el minuto exacto, pues no existe en las cartas naúticas un pasadizo más estrecho y riesgoso, comparable a la temida Angostura Inglesa, ésta última ubicada cien millas más al norte, a la altura de Puerto Edén. Se requiere una pericia especial para embicarlas, fortaleza de espíritu y buena información meteorológica.

Las marinerías suelen encontrarse de improviso en medio de un willowau[1] a merced de las correntadas. Ningún capitán europeo se colocó jamás las estrellas de navegante de los Siete Mares sin haber voltejeado el Cabo de Hornos y rumbeando por algunos de estos pasos.

-¡Aguanta máquinas!- ordenó el Patrón Bórquez, con la vista escrutando la boca brumosa del Kirke y de reojo los instrumentos. Sólo en estos lances los marinos chilotes suelen observar las manecillas saltonas del giro compás. Una centésima de diferencia entre el polo magnético y el polo verdadero significaba simplemente un desastre. Helechos y algas enormes cubrían las orillas, pero bajo ese verdor el granito ocultaba sus filos en ambas riberas. A un costado pestañeaba una boya automática señalando la entrada misma del Kirke que ya se venía encima. La radio estaba avisando que en la boca norte del Paso aguantaba aguas el frigorífico "Tristán", el cual, por su tonelaje y eslora nece-

1. willowau = repentinas tormentas canaleras.

sitaba condiciones especiales de tránsito.

De pronto la silueta de un buque semi sumergido apareció entre la niebla. El Patrón no podía creer en sus ojos y llamó a su gente al puente.

-¡Toma la bocina Charlie! ¡Pregunta la identidad!

-¡Atrás la caña, maestro Barría!

No hubo respuesta de inmediato a los bocinazos, pero la explicación estaba a la vista y también estaban a la vista los náufragos.

Era un típico barco liberiano abandonado por su tripulación para cobrar el seguro. La tempestad les había venido de perillas para justificar el siniestro en las aguas turbulentas de la angostura.

El paso del Kirke une los senos interiores de Ultima Esperanza con el gran Canal Smith, que constituye la principal vía de tráfico marítimo hacia el norte. No se puede ingresar o salir de Puerto Natales sin cruzar ese desfiladero.

El encuentro de las corrientes de uno y otro seno dan origen a un choque de mareas. Esas son las mortales estoas. Los buques deben utilizar el servicio de prácticos y avisar a bocinazos su aproximación, pues puede ocurrir un choque inevitable si dos naves se enfrentan sin las debidas precauciones.

Las medidas de seguridad y las prevenciones técnicas fueron tomadas, se declaró

después en el sumario. Pero el "Andros" encalló en plena estoa. La situación era realmente peligrosa, tanto para el propio buque como para cualquier otro, en este caso el debilucho cúter y el buque frigorífico "Tristán" que estaban a la espera.

-¡Atrás a toda caña!- repitió el Patrón y se preparó a fondear. Los tripulantes del "Andros" estaban a salvo, acomodándose entre los matorrales para levantar una especie de toldo con maderos y telas. Se notaba a simple vista que no estaban aterrados, ni mucho menos, todo lo contrario, observaban las maniobras con una mezcla de cinismo y curiosidad.

Cuando el serení[1] del "Bories" atracó dificultosamente a la orilla, el Patrón Bórquez fue recibido con cierta hostilidad.

-¡Aguanta!- dispuso Charlie y maniobró el serení para que Bórquez bajara a tierra. Entonces tuvo lugar un poco grato cambio de palabras en rudimentario inglés. Esa gente evidentemente no quería ser rescatada ni era amiga de testigos curiosos e indiscretos.

Era preciso que el "Andros" se hundiera lo antes posible, y no quedaran rastros del siniestro intencional. Las compañías de seguros son acuciosas y demasiados testimonios ocasionan problemas, sobre todo cuando no llevan participación en el negocio. Incluso se advertía

1. Serení = bote pequeño.

cierta tensión en el ambiente recargado de presiones y en las miradas inamistosas de los falsos náufragos.

Pero el cúter no podía seguir de largo como si nada hubiera ocurrido. Además, el capitán del "Andros" había elegido el peor lugar para zozobrar, el Paso del Kirke, donde un pequeño madero a flote habría llamado la atención. ¡Y además ese buque frigorífico que no estaba en los planes de nadie, no cesaba de bocinear insistentemente!

El mestizo Charlie parecía no inmutarse, su segunda naturaleza era canoera, probada en toda clase de naufragios y volcaduras. Tal vez el mar abierto pudiera preocuparlo un poco, pero no los canalizos.

Cuando gestionó el zarpe del cúter en Puerto Natales nadie le advirtió de tempestades ni de buques liberianos en la ruta que, por lo demás, le importaba bien poco.

Los hombres de la orilla trataban de ocultarse o quizás de mimetizarse en la espesura. Algo de pudor y vergüenza parecía quedar en esas caras malgestadas, de raigambre europea algunas, morenas enjutas otras, filipinas o hindúes seguramente.

-¡Raqueros, contrabandistas o cobradores de seguros, que me importan a mí!- murmuraba Bórquez con la caña firme entre sus manazas. -¡Qué me importan a mí, salvo que se compliquen las cosas en la Gobernación Marítima de

Natales...!

-Siga de largo- sugirió Charlie Beta estirando su labio inferior, como único signo de expresión facial- ¿para qué ponerse dramático?

-¡Estás loco, en un par de días estos carajos se mueren de frío...!

-Entonces ayúdelos, o siga de largo, a mi también me da lo mismo, si usted quiere yo no los he visto.

El Patrón del cúter no pudo ver el brillo de esos ojos cafés donde podían observarse muchos desastres anteriores, muchos asaltos sin sentido, un pasado tenebroso en los canales de su cada día mas lejana Yaganaschiaga, cuando la madre todavía vivía y su hermana Lakutabalakipa era violentada por el primero que abordara el bongo familiar.

La alarma del naufragio fue dada radialmente, de acuerdo a las leyes, por el Patrón Bórquez y por el oficial de seguridad del buque frigorífico.

Entonces, por casualidad o extraña coincidencia, entró en escena un grupo de individuos que hasta ese momento habían permanecido desapercibidos y en los cuales nadie siquiera reparó. O a lo mejor estaban allí desde quizás qué momento sin dejarse observar, pero muy atentos a lo que ocurría. Eran tres alacalufes, de hombros cuadrados y cuellos cortos, casi desnudos, gente de los pantanos, que desaparecieron de inmediato en la foresta cuando Char-

lie Beta los descubrió. Sin esperar la autorización de Bórquez, impulsado por un fuerte atavismo, el muchacho saltó a tierra y corrió por la maraña en seguimiento de los nativos.

Alcanzó al más viejo y lo derribó de un feroz golpe en el cuello. Acezando el indio miró a Charlie Beta que extraía palabras aborígenes de sus profundas raíces y las pronunciaba con vehemencia.

-¿Aka Akvága yaqueani?- gritó[1]

-¡Ta! -¡Lealtek semarga![2] -expresó adolorido el alacalufe Remchi, señalando a uno de los náufragos europeos.

Conversaron un rato Remchi y Charlie, sin que los otros alacalufes pretendieran intervenir. Un idioma de gestos y chillidos aspirados.

Mientras menos se habla más se escucha. Cada palabra y cada ademán tienen muchas acepciones. Los alacalufes se estaban retirando, indiferentes a todos.

-¡Oye! -gritó de pronto Charlie Beta a uno de ellos, de rostro anguloso. ¡A ti te conozco! ¡Tu eres mi amigo Tonko! Por fin te encuentro, tendrás que ayudarme, contigo me entendí siempre bien.

El indio movió su voluminosa cabeza -No soy Tonko- dijo desviando la mirada.

---

1. = ¿Qué le pasó al buque?
2. = Lo chocó el capitán Cara de Nutria.

La lengua Kawerskar de los alacalufes y el idioma de los yaganes de Ukika están casi desaparecidos, pero el misterioso lenguaje canoero surge a veces en circunstancias especiales, en forma casi mágica.

Más que los labios hablaron los ojos, el vientre, las manos empuñadas de los hombres.

-¡Ka! Tar gacto kue-[1] advirtió Charlie Beta a Tonko que parecía ausente de todo, casi desafiante.

-¡Lalar![2] -repuso el otro- ¡Yemas gar Kirj!

El mestizo Charlie después de amenazar y discutir con Tonko y los otros alacalufes, volvió al cúter y allí analizaron la situación. Sugirió a Bórquez que levara anclas lo antes posible, no había nada que hacer.

-Estos indios a veces son unas bestias...

Aquellos hombres, últimos supervivientes de la raza alacalufe, merodeaban por los canales navegando de día y construyendo rústicos toldos en la noche. Temerosos de Ayayema, el dios de las tembladeras que tenía olor a podredumbre, demostraban poco afecto por los cristianos. Salvo algunos misioneros que trataron de ayudarlos, el resto sólo se dedicó a explotarlos y a sumirlos en el alcoholismo. Ninguno de sus dioses tutelares, Kawtcho y Mwono pudieron protegerlos de los abusos del hombre civilizado.

---

1. = ¡Cuidado con engañarme!
2. = Los blancos se pueden enojar.

Durante años Puerto Edén fue escenario de todos los matices delincuenciales; pirateos, riñas. e infracciones a cuanto código o ley especial se ha dictado. Nada se respetó en los canales, donde el derecho de los individuos no termina donde comienza el derecho de lo demás, sino que se extiende hasta donde topa con el derecho del más fuerte.

-Son unas bestias muy especiales- repitió en voz alta Charlie mientras el cúter cruzaba el Kirke y luego pasaba muy cerca del frigorífico "Tristán".

-A veces tú también te pones especial- le expresó el Patrón ya navegando en el canal despejado. La información telegráfica se completó a la Gobernación Marítima y el episodio del Kirke quedó atrás.

No le gustaba tocar ciertos temas a Charlie Beta, pero tampoco se hacía de rogar cuando alguien de confianza lo estimulaba. Bórquez era de su confianza, tal vez dos personas más, entre ellas la Juana por supuesto. Esos alacalufes del Kirke eran iguales que él.

-Nací en un bote como ellos y la mayor parte de mi niñez la pasé dentro de él, con mi madre. Sólo nos cubríamos con pieles de nutrias o focas cuando hacía demasiado frío. A veces bajábamos a tierra y entonces mi madre Huallanamaka enterraba unos palos en el suelo, los juntaba en la parte de arriba con una amarra, recubriendo los lados con turbales. Ahí

llevábamos el fuego del bongo con mucho cuidado...

-¿Y...? Al muchacho había que acicatearlo siempre.

-Nunca molestamos a nadie...

-¡Ah, entiendo...

-¿Sabe por qué me pusieron Beta los gendarmes?

El Patrón Bórquez movió la cabeza negativamente.

-Porque en el arroyo Beta, en la costa de la Tierra del Fuego, maté a un italiano que dijo que había conocido a mi padre. Dijo que a él le asqueaban las indias sucias, y con estas manos lo ahogué en el arroyo. Los policías me individualizaron Charlie Beta en sus libros de guardia.

Bórquez pasó sus manos sobre el hombro del pañolero y lo apretó fuerte.

Después Charlie Beta permaneció un buen rato pensativo, como buscando algo en el pasado o en cualquier parte. Aún se sentía indígena y solidarizaba con sus iguales.

Los alacalufes habían visto cuando el "Andros" se fue intencionalmente contra las rocas. Ellos podrían reflotarlo si quisieran, sabían donde estaba asentada la quilla, pero no les interesaba. ¡Son unas bestias salvajes!

-Ese buque está perdido- aseveró el Patrón Bórquez.

Charlie Beta se encogió de hombros.

El reflotamiento

En Puerto Edén un alacalufe mandadero de la posta aérea subió a bordo con un papel en la mano. El Patrón Bórquez le dio una ojeada y pasó el papel a Charlie Beta. Era un radiograma de la compañía naviera y su contenido parecía una locura.

"Consúltase esa tripulación si puede cooperar "Andros" sea mantenido a flote o varado. Ofrécese expertos, buzos y prácticos. punto. Remolcadores ineficientes por angostura canal punto. Instalar grúas orillas antieconómico. Interesa opinión pañolero Charlie Beta. Caso positivo se le ofrece cargo Contramaestre cualquier buque esta Compañía".

El muchacho volvió a leer y se dió una palmada en la frente, mirándose en el fondo de los ojos de Olegario Bórquez.

-Usted hizo todo esto. Usted era el único que sabía mi conversación con los alacalufes... ¡Si acepto! ¡Ahora debe usted ayudarme...! ¡Tiene

que apoyarme, quiero ser lo que realmente soy...! ¡Por supuesto que el "Andros" puede ser reflotado!

El mestizo Charlie Beta estaba eufórico. Sus pecas y las crenchas colorinas resaltaban en el marco de su cara, iluminada por el pálido sol que caía sobre Puerto Edén.

Su imaginación corría a par con el súbito entusiasmo. Contrataría buzos en las conserveras, alquilaría una chalupa con alacalufes de Puerto Eden, cablería, bombas de achique y todo lo necesario para el reflotamiento. Pero esos planes de trabajo fueron innecesarios. Un nuevo radiograma precisó que sólo se necesitaba la presencia de Charlie Beta y de algunos alacalufes. La compañía armadora tenía los elementos materiales y técnicos para la operación; sólo le faltaba la experiencia de las pleamares, conocer el misterio de los vientos y ese apoyo basado en el instinto que únicamente poseían los aborígenes. Las noticias buenas y malas navegan a velocidades endiabladas en los canales y los armadores del "Andros" estaban bien informados. El indio canoero sabe cuándo un buque va a encallar, cuándo está perdido, cuándo es la hora del "raqueo" y esa habilidad era necesaria para salvar la nave.

No cabía más espera, el tiempo apremiaba, la Compañía de Seguros también quería intervenir.

Si alguién pensó en Charlie Beta para esta

emergencia, fue porque conocía su influencia en los hombres de los canales. ¿Cómo se supo...? Los patrones chilotes también tienen sus secretos y el oleaje rumoroso de aquellos laberintos, al igual que sus selvas vírgenes, transmiten ocultos mensajes que las escolleras van repitiendo.

Cuando Charlie Beta y sus indios arribaron en un chalupón a motor, el Paso del Kirke bullía de actividad, con buzos y carpinteros de bahía reparando los daños, prácticos e ingenieros revisando tablas de cálculo. El capitán Pinto de la Gobernación Marítima recibió al pañolero con un apretón de manos. A su lado tomaba notas el oficial de seguridad del "Tristan", cuyo capitán lo dejó en comisión ayudando a las autoridades. Pinto y Charlie se miraron de frente, escrutadores ambos, confiados y desconfiados a la vez.

-Creo que voy a estar de más -dijo al fin Charlie Beta- Vengo con los alacalufes Remchi, Tonko y Kenchat, pero no veo cómo podemos intervenir en la zafadura, usted tiene todo aquí.

-¿No ve cómo?- Pinto le guiñó un ojo a un caballero de barbita que lo escuchaba junto a otro oficial de la Armada, seguramente un práctico especializado.

-Aquí tenemos las tablas de las mareas, el "meteo" del día, también el estudio batimétrico, este es el plano hidrográfico. La zafadura, técnicamente, debería efectuarse esta tarde, entre las 19:00 y 20:00 horas... -explicó el capitán Pinto.

-¿Y entonces?- Charlie Beta estaba a punto de comprender.

-Y entonces... -intervino el caballero de barbita- queremos saber lo que piensan sus amigos, el señor Remchi, el señor Tonko y el otro que lo acompaña- queremos el momento exacto, ¿comprende?, el instante preciso y el lugar exacto.

Charlie Beta miró a Tonko, pues Kénchat no se dio por aludido, y Remchi parecía estar dormitando. Después conversaron los tres en voz baja y discutieron acaloradamente y dieron su veredicto a través del muchacho.

-¡Ka! ¡Kas agál![1] -las voces guturales sonaron fuertes y profundas- Ayayema taje si at Kawtcho stanj!

El hombre de la barba, que resultó ser el armador encargado del salvataje, y los ingenieros escucharon con atención. Entendieron muy poco por supuesto. Charlie empezó a explicar lentamente: -En asuntos de "yemas"[2] esta gente es muy desconfiada, pero estiman que el buque podría ser recuperado. Es una posibilidad muy débil, mejor dicho, lejana...

Los marinos tienen un lenguaje común de iniciados, sólo entendible por sus iguales.

-Sin embargo... -el mestizo dejó la frase en el aire.

---

1. = La proa está rota. ¡Cuidado! El dios Ayayema y Kawtcho, el amo de los pantanos pueden ayudar.
2. yemas = hombres blancos, lengua yámana.

Pinto miró profundo en los ojos de Charlie y creyó ver en ellos una suerte de confabulación. Talvéz lo escuchó, o quizás imaginó una sugerencia. ¿Esperar la baja...? ¿Cuántas horas a contar de ese momento? Pinto observó su reloj:- ¿A las 20.45 exactas?

Charlie asintió. Suficiente, eso era todo.

-¿Y el lugar...?- requirió uno de los ingenieros navales.

-Este mismo- dijo Charlie Beta, señalando en la carta la correntada que había empezado a subir.

-¡Alistarse todo el mundo!- ordenó Pinto a quienes lo rodeaban. ¡La hora exacta la daré enseguida... podemos empezar las maniobras!.

El "Andros" rebanó una masa de turbas, los cables de rescate estuvieron a punto de soltarse, los winches eran un infierno de chisperíos, la proa se levantó una pulgada. Luego refulgieron los sopletes y arcos voltaicos, el dios Ayayema estaba trabajando.

-¡Increíble!- El buque comenzó a moverse; no hubo gritos ni nada porque, de inmediato y por lo angosto, un par de cables de acero lo arrastraron al medio del canal, con todo su caserío tumbado pero la estructura a flote.

-¡Contramaestre Charlie Beta!- gritó Pinto sin poder contenerse. ¡Tome su puesto, la popa es suya! ¡Aguardiente a discreción a sus buenos amigos!

Sueltos los cables y puestas en marcha las

bombas, el "Andros" empezó a ser de nuevo buque, con su tripulación cohibida e incrédula a bordo. No toda por cierto; el capitán "Cara de Nutria" y el Práctico quedaron sometidos a sumario en la embarcación de la Armada.

Mientras se reparaba el puente, la asesoría técnica repuso la arboladura y los remachadores esgrimieron sus sopletes. El oficial de Seguridad del "Tristán" Freddy Torres tuvo a su cargo el mantenimiento general de las bombas, elementos claves en ese tipo de salvataje.

La Compañía cumplió su promesa y el flamante Contramaestre Charlie Beta debió iniciar sus nuevas funciones una vez regularizada la situación documental en la Gobernación Marítima, trámite engorroso y sujeto a una serie de requisitos. Los despachos de "contramaestre agregado" le fueron entregados en una ceremonia pública en la Gobernación de Puerto Natales, a la cual también fueron invitados los alacalufes y el oficial Torres, del buque frigorífico. La Juana no pudo concurrir pero se impuso por su propio novio, esa noche en Punta Arenas.

En la isla de los hombres solos

Pronto tuvo Charlie Beta la oportunidad de demostrar su capacidad marinera y sobre todo, su coraje en circunstancias adversas, como igualmente su propósito de olvidar el pasado, vencer sus atavismos.

El flamante contramaestre cambió su nombre en el Registro Civil de Punta Arenas y se hizo llamar Carlos Beta, a secas, 20 años, soltero, nacido en Navarino.

El carguero "Toqui" hacía un servicio regular a la isla Guarello, transportando calizas para San Vicente. El mestizo se despidió de Juana y no permitió que nadie concurriera al muelle de Puerto Natales a despedirlo, ni siquiera el empecinado chono Barría, cuya euforia duraba varios días. Una mueca voluntariosa había aparecido en el mentón de Carlos Beta, bien abrigado en su capote de suboficial, con la gorra blanca metida hasta las orejas.

Poco o nada quedaba de Charlie Beta Baxter.

De amanecida, antes que ninguno, cruzó el portalón del carguero "Toqui".

El buque estaba amarrado con tres espías largas y sin embargo se balanceaba más de lo conveniente. Revisó la toldilla y puso atentos a los marineros para que su jefe de maniobras, el piloto Tabilo, no los regañara. ¡Ojo con las aletas, marinero!

Los winches comenzaron a cobrar los paños de cadenas, las máquinas trepidaban y el "Toqui" lentamente se alejó del espigón con la majestad de los buques bien capitaneados. Y con contramaestre nuevo.

No fue un viaje plácido ni mucho menos. Las dificultades y el mal tiempo comenzaron a la altura del Cabo Pilar, al pedir auxilio un chalupón centollero al garete. El capitán Bravo ordenó izar la embarcación pese a lo arriesgado de la maniobra. Incluso se tomaron precauciones para derramar aceite en la superficie de esa banda si el caso lo requería. La chalupa quedó al socaire del viento y el capitán Bravo esperó la guiñada justa. Aprovechando la cresta de una ola grande, con los aparejos tensos y colgantes, vino la orden.

-¡Listo!-

El chalupón fue levantado con bastantes dificultades pues la marejada lo azotaba contra la borda y bien pudo romper los pescantes.

Los náufragos, morados por el frío y la llovizna, fueron trasladados a la enfermería.

-¡Tabilo! ¡Informe por radio a la Gobernación Marítima...!

-Muy bien señor- contestó el piloto.

-Dígales que los náufragos van a Guarello, ida y vuelta-.

El capitán Bravo era de la vieja escuela, nada de comentarios inútiles ni explicaciones baladies. "Master after god", dueño y señor del buque, Ministro de Fé a bordo. ¿Que por qué había adoptado ese procedimiento? Materia para que la tripulación lo conversara y sacara las conclusiones que quisiera. ¡A la isla Guarello con los náufragos!

El contramaestre Carlos Beta también estaba intrigado y le preguntó derechamente al pañolero Fuenzalida porqué no se dejaba a los centolleros en la primera bahía abrigada que encontraran. Era lo habitual. El pañolero se encogió de hombros esquivando el tema.

-Hace siete años que navego en este buque al mando del capitán Bravo. Es como piedra en cualquier parte del litoral, pero en el Estrecho siempre tiene actitudes raras. Me parece que se casó por estos lados y las aguas magallánicas lo enfurecen. ¡A mí me tinca que también se enfurece en tierra!

Nada más, Charlie se fue a su litera, leyó un par de páginas del Manual de Navegación y sólo vino a despertar cuando un tumbazo le recordó sus funciones. Estaban entrando al archipiélago de Madre de Dios y la popa del buque era de su

responsabilidad.

No hubo problemas con la maniobra, todo continuó normal.

El contramaestre vivía concentrado en sus estudio con el pito de instrucciones a mano. Miró de reojo a los Pilotos del buque que cambiaban guardia ceremonialmente y sintió un dolorcillo en el alma, esa vieja herida que le venía de tan lejos. Contramaestre y todo, le estaba vedado ir al sector del "caserío", alojamiento y servicios donde alternaban sólo los oficiales. Dolorcillo tonto, pensándolo bien, pero muy profundo, venido de los toldos australes donde no existían discriminaciones de ninguna clase.

Cuando el "Toqui" enfilaba el Canal Oeste fue sorprendido por un viento fuerza nueve y la nave, a pesar de ir a toda máquina, gobernaba mal y derivaba demasiado. A bordo se dio la alarma y cada tripulante tomó su puesto. El capitán y los pilotos estaban en el puente, tensos, la gente de máquinas pendiente de los manómetros. Las voces se sucedían aparentemente tranquilas, pero el buque, al perder viada, comenzó a derivar cada vez más, como una bestia salvaje espoleada por el viento. Estaban ya casi en el canal de entrada a la isla Guarello y consideró la posibilidad de fondear en bahía Bascuñán. Las fuertes correntadas obligaron a desechar la idea, la capacidad de maniobra disminuía a cada instante, el mar se encrespaba más y más.

No quedó otra alternativa que fondear como se pudiera en Guarello, tratando de atracar al malecón, si es que se puede llamar malecón a unos cuantos postes de ciprés guarnecidos con neumáticos viejos.

La noche se había venido rápidamente encima. El oleaje era muy fuerte.

-¡Fondo!- dispuso Bravo y los eslabones empezaron a caer por la proa. De pronto la nave fue sacudida por una turbonada de viento que hizo lascar las espías de proa. El contramaestre observó con pavor como la popa se iba hacia el muelle y luego hacia la boya, sin posibilidad alguna de lanzar los cabos. El gigante se desmandaba y corcoveaba fuerte.

-¡Despacio!- El capitán estaba tratando de aguantar el buque, pero una espía se enredó en la hélice y la pala del timón quedó trabada, lo que equivalía simplemente a que la nave quedara al garete.

-¡Atrás a toda máquina!- gritó Bravo, con los ojos fijos en el clinómetro que señalaba varios grados de escora. La situación se estaba tornando peligrosa, la gente de la isla se apretujaba en el muelle. Las cadenas del ancla, los cables, los nervios de la gente, todo estaba tenso.

-¿Cuántos tiene en el agua?- preguntó al encargado del cabrestante de las anclas.

-¡Tengo tres paños!-

-¡Cobra lo más rápido posible!-

Las cadenas del ancla empezaron a subir

con el sonido seco de los fierros que entrechocan.

Dando bandazos al muelle, el "Toqui" comenzó a retroceder, como un gran cetáceo buscando aguas profundas, con todo el anclaje a bordo y un estrépito de mamparos trabados.

La obscuridad propia de las tormentas hacía más confusa la operación. ¿Quién tiene a cargo las bengalas? ¡Disparar por ambas bandas!

En tierra la actividad era tanto o más intensa, ante el inminente peligro de naufragio, gritos, señales, comunicaciones nerviosas con el buque, preparativos en la enfermería, esto último como un simple saludo a la bandera, pues el único practicante de la isla tenía poco que hacer en una emergencia de esa naturaleza.

Cerca estaba la isla Cabugo, donde vivía el alacalufe Zambrano, pero ya no había tiempo de cambiar rumbo. El viento sobrepasaba los cien kilómetros por hora y en tierra arrancaba de cuajo gigantescos tepues y canelos.

-¡La carta! ¡Urgente! ¡La quiero aquí! - gritó el capitán Bravo.- ¡Usted Tabilo, ojo con el radar, siga la maniobra!

Lentamente la mole del "Toqui" se fue alejando del espigón, milagrosamente no tocó roqueríos ni fondos. Sin embargo, la tempestad arreciaba y fue necesario fondear nuevamente en pleno canal con todas las anclas, incluso la auxiliar. Empezó un cabeceo fuera de control a unos cuantos metros de las rompientes con una

via de agua en las bodegas de proa.

-Necesito echar un bote a tierra para conseguir algunos anclotes- el capitán ordenaba despacio, a media voz, señal inequívoca del riesgoso momento que se vivía.

-¡Un bote! -ordenó a gritos el piloto-. Luego se acercó al capitán y le expresó respetuosamente-: ¿Con esta mar y la visibilidad nula va a echar un bote?

-No es asunto suyo. -Prepare el número dos. ¡Usted y los cinco de popa irán en él!-

-Si señor, a sus órdenes ¡Bote dos..!- repitió de mal grado el Piloto.

-Quiero a los centolleros del chalupón alistados en su embarcación.

-¡Si señor!- ¡Los centolleros en el chalupón...!

-¿El piloto tercero?-

-¡Firme capitán!- repitió un jovenzuelo recién salido de la Escuela Naval.

-Ordene al Contramaestre que tenga listas las bombas para vaciar aceite en la banda que yo disponga.

-¡A su orden señor!- respondió el oficial y salió a tropezones del puente.

El reglamento marítimo es muy claro en materia de salvatajes nocturnos y atraques de emergencia. Las opciones no eran muchas. Un buen nadador, con un pistolete de bengala bien protegido, era lo más aconsejable. Un hombre decidido, pero con suficiente fortuna también y

una cuerda resistente.

-¡Voluntarios!-. La orden correteó de proa a popa. Los pilotos y varios tripulantes concurrieron al puente. El capitán Bravo los examinó de uno a uno, con sus chalecos salvavidas ya amarrados, buenos marineros, casados la mayoría, treintones casi todos. Más de alguno estaba ahí, simulando tranquilidad, pero sudando garganta adentro.

-¿Tú, como te llamas?-

-Carlos Beta, señor, usted sabe, Contramaestre Carlos Beta.

-¿Te has visto en otras...?

Una encogida de hombros, a veces supera el mejor discurso.

-Bien, irás tú. ¡Equípenlo!-

-¿Por qué el capitán Bravo escogió al contramaestre mestizo?... "Master after god", estaba bien informado.

A media agua, brazos y pies como remolinos, la cabeza metida en el vientre protegiéndola contra el roquerío, montado sobre el océano, el contramaestre Carlos Beta afrontó los promontorios, el oleaje, la resaca, la rodilla... ¡pié en tierra! Un chapotéo final y al cielo la bengala que iluminó el escenario tormentoso.

Una docena de fornidos brazos tomaron la cuerda y otros sacaron al muchacho del agua.

Cuando el piloto Tabilo ordenó bajar el chalupón de los centolleros, ya los hombres de Guarello estaban reunidos en torno al con-

tramaestre, a quien abrigaban y refregaban con sus mantas, al mismo tiempo que le daban buchadas de aguardiente.

-¡De buenas se escaparon!- comentó el administrador de la planta. -Tenemos una lancha y cablerío suficiente para jalar el buque o, por lo menos apoyarlo. ¡Es cosa que digan!-

-Gracias -respondió Tabilo-, sólo necesitamos cabos de manila y anclotes de repuesto... ¡Rápido, eso sí!-. Luego más tranquilo preguntó: ¿Hay nuevos meteos?-

-¡Positivo!- El administrador de Guarello sabía el valor relativo de los pronósticos, pero el momento no era para pesimistas. Los nuevos meteos sólo confirmarían la situación en una carta sinóptica general y no de Guarello mismo.

-Entonces volveremos. ¡Motorista! ¡Al "Toqui"!

-¡Un momento! - ¿No podría este joven quedarse con nosotros? Está hecho una miseria, apaleado como un quiltro...-

-¿Quién?- preguntó Tabilo.

Este muchacho- se creyó obligado a ratificar el administrador, señalando al contramaestre que se frotaba a puñetes el cuerpo para activar su circulación.

-... Conforme... pero resulta que es el contramaestre del buque, no se puede. ¡Caballeros, apenas amaine el temporal el capitán dispondrá el atraque. ¡Todos a sus puestos! Quedan otras cosas por hacer...

¡Raqueros!

Quizás más grande que la isla Navarino, la isla Hoste luce su moño vegetal con cierta soberbia en el contorno archipielágico de rocas peladas, y hayas enanas.

Nubes de alcatraces y algún pájaro carnero extraviado siguen el paso de los bongos nutrieros que se arriesgan por esos canalejos y vías mayores. Sobre el musgo de las orillas las flores silvestres se anudan en canastos tornasolados. Algunos barcos se dedican a la pesca de centollas y otros a menesteres ocultos y discretos.

El "Toqui" navegaba a Puerto Toro, comprando pieles, maderas y ganado en pie. Carlos Beta, el contramaestre, recorría cada rincón del bosque costero como queriendo recordar el pasado, intruseando en su nuevo presente, lleno de desafíos. Las viejas aldeas de Tekenika y Wulaia habían desaparecido y tampoco quedaban rastro de las misiones anglicanas donde había transcurrido parte de su azarosa infancia.

En esos canales australes, chilotes, yaganes y kawéskares se avecinan y conchabean, la lluvia porfiada los moja por igual y sólo sobreviven el que mejor se adapta al dédalo de canales producto del hachazo ciclopeo que la naturaleza asestó a esa región haciéndola saltar en islillas. Cercano al temido Cabo de Hornos, los temporales son tan frecuentes que el voltejear los promontorios, con un par de días calmos, parece otro mundo.

Entre la neblina arrastrada apareció un bongo al garete, seguramente de yaganes o pescadores chilotes. En realidad se trataba de un leño ahuecado, canoero, propio de indios orillanos. Sin embargo un par de seres humanos se divisaban en su interior, sobresaliendo apenas las manos y parte de los troncos. Esa gente estaba enferma o herida. Un vistazo al pasar permitió distinguir las figuras de dos hombres que hacían denodados esfuerzos para pedir ayuda, sin poder levantarse.

-¡Para!- ordenó Carlos al timonel. De ordinario el capitán Bravo no detenía su buque en los canales, pero el contramaestre señaló una emergencia. Efectivamente así era. Dos hombres blancos malheridos fueron subidos a bordo al igual que el pequeño bongo.

Entre quejidos expresaron que habían sido atacados por un grupo de indígenas. Sus cuerpos, en verdad, presentaban un lastimoso aspecto, agujereados por todas partes, algunas flechas

todavía estaban clavadas y hacían doloroso cualquier movimiento.

-¡Indios salvajes!- expresó uno de los tripulantes.

Carlos Beta nada dijo, pero sus ojos brillaron con incontenible ira.

Algo había divisado en el fondo de la embarcación.

* * *

Karsk dormitaba en la canoa mientras su mujer bogaba lentamente entonando una melodía monocorde, gutural, con voz estomacal.

-Kas tap harar lei Ket.

-Yerska ka yoe sa, yerska Ka yoa sa.-

Una piel de ternero marino amarrado con tripas cubría su vientre hinchado. El hombre, dormido sobre sus rodillas, estiraba de cuando en cuando la mano y cogía una cholga del fogón y la reventaba a mordiscos. Una media docena de perros arrellenados en torno al indio, compartía las sobras de su merienda.

Eran nómades del mar, canoeros. Si el mal tiempo arreciaba se cubrían con los perros o atracaban a cualquier islón. En pocos minutos un encatrado de leños y cueros les servía de refugio. Frotando cuarzos y piritas obtenían el fuego que les acompañaba a todas partes, por mar o por tierra.

Piel parda, frente estrecha y ojeras purulentas alrededor de las pupilas café.

De un canalejo a otro, de las islas Wolaston a Walawala, de este fiordo a aquella isla, iban y venían, mascando machas crudas o a medio asar. La mayoría cazaban lobos de dos pelos o nutrias de mar, cuyos pellejos enfardaban con lianas y eso era todo. De noche dormían, abrigados entre sus perros, palpitante frazada. Ya pasará cerca un chilote cazador o un "yema" aventurero a quien cambiarle todo el cargamento por "guachacai", tabaco y azúcar.

Y de nuevo remando, caído el cerquillo hasta las cejas, chata la nariz, afilado todo el resto; los pómulos, los ojos, los dientes. Cualquier día la madre, en cuclillas paría un niño. Los perros celebraban el acontecimiento y lo acariciaban a lenguetazos. El padre bajaba a tierra y regresaba con un puñado de gusanos blancos encontrados en la corteza de los árboles. Era la golosina de las criaturas, lo único azucarado que se produce en los canales.

Perros y niños morían y era necesario reemplazarlos. Entonces se volvía al canal Beagle, la gran avenida del laberinto, donde siempre se encuentran perros abandonados. Por las criaturas era menester esperar un poco más, un par de años a veces porque las mujeres parían cada vez mas ocasionalmente.

Karsk abrió los ojos al notar que su mujer hacia rato que no remaba. Boquiabierta miraba

a la chalupa que emergía entre la niebla, frente a ellos. La piragua india, llevada por la inercia, seguía avanzando. Karsk abrió aún más sus ojos legañosos y de su garganta salió un ronquido de admiración. ¡Demonios de los pantanos! Había visto muchos botes grandes en su vida errabunda pero jamás algo similar ¿Huir? ¿Acercarse? Ya era tarde para tomar decisiones. Rápidos como centellas, ágiles, los "yemas" aprisionaron con bicheros la canoa y la abarloaron a la chalupa cazadora.

Los yaganes estaban desconcertados. Sus contactos con la gente civilizada hasta ese momento siempre fueron pacíficos, basados en el trueque y en rápidos tratos. Pero ahora nada les preguntaron y nada pidieron. Eran simples ladrones de cueros. Tampoco se burlaron de sus apariencias ni observaron a la mujer como bicho extraño. Además se trataban de "yemas" diferentes, de idioma incomprensible, interesados sólo en las pieles.

-Iuske etse na marsk- murmuró Karsk, protestando del robo.

-¡Iuste!- repitió la mujer, mientras protegía el brasero que ardía al centro del bongo. En un momento, aprovechado el balanceo y un descuido de sus captores, los indios desabracaron del bote a motor y emprendieron la huida, remando con furia.

Con diestras paladas tomaron distancia. Un raquero corrió e impartió secas instrucciones.

Los indios debían ser detenidos a cualquier costo, a balazos si era preciso. ¡No, un momento! Era más conveniente evitar toda clase de ruidos. Los raqueros tomaron sus machetes y se sentaron en sus calzos. ¡Tampoco! ¡Remos, señores! Cualquier ruido es delatador. ¡Fuerza! Nada de motores.

La violencia en esa zona debía ser discreta, callada, se habían visto algunos buques mayores y en ellos podían navegar autoridades chilenas. Entre los indios prófugos y aquellos ladrones de mar la distancia era corta, pero la noche empezaba a caer.

Aumentó el patrón el ritmo de las brazadas y nada cambió entre perseguidos y perseguidores. Se aumentaron nuevamente las batidas, la fuerza, pero el bongo indígena seguía allá, adelante, ora tras alguna roca, ora tras la noche cómplice.

¡Rayos! Si seguimos así no los vamos a alcanzar nunca- bramó el que hacía de jefe pensando que dentro de una hora sus remeros estarían agotados. ¡Músculo, muchachos!

Todo fue en vano. Aquellos malditos salvajes parecían aumentar o disminuir su velocidad a voluntad, sin dar muestras de cansancio. Es que los europeos ignoraban que las criaturas de los canales pertenecen al mar, son seres-líquidos, iniciados en el misterio de cada corriente, de cada marejada, de todas las potencias ocultas que los "yemas" desconocen.

Empezaron a alarmarse los europeos cuando, de súbito, una bocanada de aire despeinó el oleaje y alumbró el crepúsculo con un manto fosforescente. Un ruido lejano retumbó en los cañadones y fue rebotando, de orillas en orillas, de islas en islas.

-Aludes, algún ventisquero tal vez- dijo uno, acezando.

-Tormenta en mar abierto- aseguró otro, bañado en transpiración.

Karsk y su mujer nada dijeron, pero enfilaron su canoa al primer surgidero que encontraron. Ellos sí que sabían.

-Menos mal, al fin los tenemos- gritó el popel afinando la vista para no perder a su presa. ¡Atención, atención! Disminuir...

No alcanzó a terminar sus instrucciones. Bajando de los cerros escarpados como una pavorosa caballería ventosa, se precipitó al canal la furia del huracán. En breves segundos, empujada por las presiones, la tromba se poseyó de todo, de la chalupa, de los árboles, de la superficie y del fondo. Fue un escobazo rápido, de menos de un cuarto de hora, pero suficiente para levantar la chalupa a motor, tumbarla una vez, dos veces y dejarla por último, de campana. Cuando el williwaw terminó su obra y se remontó de nuevo al weste, las aguas eran una masa viscosa, y crepitante. Un postrer remolino tragó los cuerpos de tres remeros y el de un tercero fue arrojado, maltrecho, al roquerío. Otro se en-

contró de pronto nadando en un mar tranquilo. Luego el cansancio aletargó los músculos. La luna comenzaba a iluminar débilmente el paisaje y esa misma claridad sorprendió a los yaganes, sobre una roca, tendiendo sus manos al náufrago. Nadó este, desesperado, a punto de acalambrarse y asió los brazos salvadores. El yagán y su mujer ya habían rescatado al otro que descansaba al lado de la piragua, tumbada en tierra. Ni siquiera la potencia del vendaval y lo precipitado de la fuga había logrado apagar los tizones que ardían bajo las cenizas que los nativos trasladaron a tierra. Un manojo de ramas incrementó la hoguera y sucesivos atados de ciruelillos, y líquenes, aumentaron las llamas.

Al amor del calorcillo los dos europeos fueron recobrando sus fuerzas y evaluando la situación; tres compañeros tragados por el mar y la chalupa perdida.

-De hecho estamos prisioneros de estos salvajes- dijo el más alto, de pelo cobrizo y anchas espaldas.

-Por ahora tratemos de recuperar las fuerzas, comer algo y descansar. Esta gente parece pacífica.

-Pacífica y estúpida-, puntualizó el otro husmeando el interior del bongo.

Los yaganes trabajaban, sin hacer ruido, cortando ramas y dejando cerca de los extranjeros varias cosas que consideraron útiles, entre ellas pescados y cholgas. El fruto jugoso de

la murta y el sabor ácido del calafate, apagaron la terrible sed de los marineros y les dio ánimo para sacarse la ropa y tenderse cerca del fuego.

Ya habría tiempo para dormir y hacer planes. La sed y el calor son exigentes y no admiten postergaciones.

Los indios seguían trayendo obsequios; chaura y mirtai, apio silvestre y brotes de tenio.

-Yo creo que apenas aclare un poco y nos encontremos mejor debemos volver a Ushuaía- dijo el cobrizo.

-Y... ¿Cómo?

Sin modular palabra su compañero hizo un gesto señalando la piragua.

-Difícil es que quepamos los dos en ella. Le queda estrecha a estos pigmeos.

-No hay otra solución.

-Si, tienes razón. Por ahora reposaremos una hora cada uno mientras se seca la ropa y después veremos.

Las horas primigenias del día son siempre heladas, húmedas. Una vez pasado el esfuerzo físico y la tensión, un sopor pesado comenzó a apoderarse de los náufragos. Se acurrucaron uno al lado del otro, cubriéndose con las hediondas pieles y terminaron por mordisquear, soñolientos, cualquier cosa. Los indígenas los miraban, a alguna distancia, confundiéndose en la maraña de lianas y ñires. Lentamente, abrumados por la fatiga, los piratas se quedaron dormidos. ¿Cuánto tiempo permanecieron así?

Jamás lo supieron.

Un chubasco más fuerte que los otros hizo alzarse completamente al cobrizo. Fue providencial. En forma sigilosa, con el tacto que enseña la selva, los indios habían arrastrado la canoa hasta la orilla y se aprestaban a embarcar. Era suficiente, esos hombres estaban vivos, no necesitaban más socorro.

-¡Maldición!- rugió el hombre y corrió tras ellos.

Sin esperar a su compañero se enfrentó a Karsk y lo derribó de un manotazo. Rodó el yagán por la turba y se levantó luego sorprendido.

¿Qué querían esos "yemas"? ¿No los habían salvado y socorrido con fuego y alimentos? Su mujer, que ya tenía parte de la canoa en el agua, fue lanzada también lejos de un empellón. Luego el europeo tomó la piragua por un extremo y la subió a la playa. Despertó de inmediato al camarada. Los indios aprovecharon el instante para sacar sus pellejos, utensilios y leños.

Estaban los europeos botando la fragil embarcación al agua, cuando una flecha se hundió en la espalda del más alto. Luego otra en el cuello y otra -al darse vuelta con el rostro congestionado- en el estómago, ¡Esos malditos! Sus pequeñas flechas, de punta de hueso, salían de todas partes, con precisión matemática, desangrándolos, como si los atacara un

escuadrón de avispas. Eran dardos no mayores de cuarenta centímetros, durísimos, hechos para cazar peces y alimañas del bosque, pero que en conjunto hacían más estragos que una metralla de púas. Karsk y su mujer se habían pasado la vida disparando contra blancos movibles, vivos, escamosos. No podían ahora errar un solo dardo en esos hombres que pretendían robarles la canoa. El marinero herido se extrajo a tirones las flechas y alrededor de cada impacto un alveolo rojo iba dejando un círculo de sangre. Llegó un momento en que no pudo continuar de pie y se derrumbó al lado de la canoa. Luego le tocó el turno al otro. A pesar de esa lluvia mortífera, alcanzó a arrastrar a su camarada y con grandes esfuerzos lo puso en la piragua. Ya volverían después, si podían, a saldar cuentas con ese par de salvajes asesinos. Ahora lo importante era huir, escapar de las flechas. Aquella piragua estaba construída para enanos, no para europeos. Con el cuerpo metido hasta la cintura trataron de alejarse pronto de la orilla. Ya la lucha estaba definida. En la orilla Karsk y su mujer agotaron sus flechas. La mujer se arrojó decididamente al agua tratando de alcanzar a nado a los fugitivos. El indio tomó el arpón nutriero y lo clavó con certero lanzamiento en la cintura del desgraciado que había logrado por fin, en doloroso trance, cabalgar en el trono hueco. Cayó sobre su compañero, mezclando su sangre con la de él. A duras penas empuñó un

remo y maniobró hacia el centro del canal. Las fuerzas lo estaban abandonando. Los yaganes venían nadando. Recurrió a sus postreras energías y buscó a tientas en el fondo del bongo algún elemento de fierro, que sirviera para defenderse. Encontró un machete. En esos momentos las manos de la india aparecieron en un costado de la piragua y enseguida emergió la cabeza chorreando. El machetazo le partió las manos y lo propio ocurrió con Karsk cuando intentó subir a bordo. Los indígenas, con sus manos cortadas, quedaron flotando en el canal. La piragua comenzó a moverse lentamente llevada por la corriente. Entonces fue cuando apareció en lontananza la alta proa del "Toqui" en viaje de negocios.

El contramaestre, ante la sorpresa de los demás tripulantes, tomó brutalmente a uno de los heridos, por el cuello, y le metió prácticamente la cabeza en el interior del bongo.

-¿Qué es eso?- rugió.

Los hombres se hicieron repetir la orden en inglés pero era evidente que sólo trataban de ganar tiempo. En medio de los desperdicios y mugres de la embarcación, flotando entre el agua acumulada, flotaban varios dedos humanos y parte de cartílagos y músculos.

Las explicaciones estaban demás. Carlos Beta no se dio cuenta que por segunda vez en su vida estaba golpeando a dos hombres blancos,

heridos además. En el arroyo Beta años atrás, había matado a uno por ofender a su madre.

-¡Basta! -ordenó el capitán-. Cúrenlos con lo que tengan a mano y zarpamos de inmediato a Puerto Toro.

El contramaestre agachó la cabeza y se dispuso a cumplir la orden. De paso tomó un puñado de sal en sus manos. -No tenemos más medicinas- tranquilizó su conciencia.

Otro ascenso

El mestizo Carlos recibió un día la notificación de embarcarse en el "Elqui", un buque de mayor tonelaje, pero no en el cargo de contramaestre. La Compañía le había dado la jerarquía de aspirante a piloto y junto con ello le concedió autorización para usar uniforme de oficial, previo un curso rápido y exámenes en la Dirección del Litoral.

Su actuación valerosa en la isla de Los Hombres Solos, unido a su competencia marinera y a un increíble desprecio a los riesgos del mar, abonaron las razones aparentemente antirreglamentarias de la Gerencia. Entonces el flamante aspirante comenzó a conocer el Chile azul de los mares centrales, con bajadas esporádicas a tierra, guardias de mar y de puerto, apasionantes las últimas. En menos de un año de cabotaje, Carlos Beta aprendió que los verdaderos ojos de Chile son las luces de sus puertos. El pestañeo de los faros era como un guiño de bienvenida a

tierra.

Las casas pintiparadas en los cerros porteños tenían cimientos de aire y sólo se mantenían en equilibrio -o talvéz levitando- gracias al sortilegio de algún hipnotizador.

El "Elqui" viajó a Pascua, último confín de la Polinesia y los hombres de tez malaya se entendieron muy bien con el joven oficial de piel cobriza y pómulos salientes.

Regresó al continente y conoció nuevas singladuras, dominó las olas de la costa negra de San Vicente y las marejadillas permanentes de Quintero.

Todo ese armonioso juego de horizontes y litorales se alteraba cuando los bufidos del viento anunciaban un temporal.

Entonces la voz potente del oficial mestizo se escuchaba en la proa, como si estuviera en su elemento.

-¡Vira los cabos, tapa las escotillas...!

Era la hora de comenzar a recoger las cuerdas atrincando todo lo movible en su sitio. Terminada la emergencia se iniciaba el proceso de desatrinque y la normalidad volvía al puente. -¡Lazcar!- era la voz de mando siguiente.

El aspirante a Piloto se ponía uraño y de pésimo genio cuanto más tranquilo navegaba el buque.

Puerto Natales cada día estaba más distante y difuso en el corazón del mestizo, encandilado por los puertos y mares del litoral central.

Más al norte sucedía algo semejante.

Las casas de Coquimbo estaban labradas en el mismo cerro, como un sobrerrelieve de greda. Arica tenía la garantía de su Morro que le dispensaba un apoyo pétreo, necesario, y Antofagasta caía de espaldas, recostada en su almohada de pampas infinitas.

Apoyado en la cubierta el joven oficial contemplaba absorto las costas desprovistas de vegetación, y su pensamiento recorría las lagunas y fiordos de la Tierra del Fuego, su lejana Karukinká.

Esos mares que lo habían visto nacer eran dominadores, no sólo se complacían en domeñar roqueríos y acantilados sino que se metían en el alma de sus criaturas.

-¡Atención popa, afirme con treinta y dos!- disponía Beta y la operación de amarrar en Coquimbo comenzaba temprano. Tres espías largas, rojizas por el azarcón, aseguraban la popa al espigón recién construído.

El aspirante Beta no bajaba a tierra y se quedaba hasta entrada la noche contemplando la bahía. Después se retiraba a repasar sus textos de navegación. Extraño caso de hombre joven y taciturno.

Se aproximaba la fecha de los exámenes y el tiempo se hacía cada vez más escaso. Contempló nuevamente las casas cerrucas de Valparaíso, sus calles empinadas como escalerillas de gato levantándose al cielo, con balanceos marineros.

Luego otros puertos, gente apresurada, siempre de partida. Talcahuano, Castro, Ancud, la vecindad austral humedeció sus ojos tratando de olvidar las islas natales de Wulaia.

Ese fue el mar chileno que navegó Carlos Beta, el mestizo que olvidó su nombre, hasta el día que supo la gran noticia, o mejor dicho dos grandes noticias: su examen de Piloto fue aprobado y el "Elqui" zarpaba a Brooklin. La Compañía había dispuesto algunos relevos, pues a pesar de que se gana un viático en dólares no toda la marinería se vuelve loca por estos viajes que suelen durar un par de meses. Los niños, la señora enferma, este impedimento o este otro, la nostalgia. El pateperrismo de algunos empleados de la compañía, parecía ser terrestre, en ningún caso marítimo.

El piloto Carlos Beta estaba feliz, pero también tenía sus dudas. ¡Tal vez lo transbordarían a otro buque de cabotaje por inexperto en este tipo de travesías! Quizás ni siquiera estaba en el nuevo rol, en fin, no se podían obtener todos los triunfos al mismo tiempo. El primer piloto le disipó sus dudas cuando lo llamó al puente y le hizo firmar varios documentos.

-Estás en la relación de tripulantes y cargamos en Guayacán, mañana a primera hora. Te advierto que es un honor para ti este viaje, pues yo conozco marineritos de agua dulce que se han pasado la vida caleteando entre Punta Arenas y

Talcahuano, así que, ¡hácele empeño...!

¿Hacerle empeño...? ¡Se iba a romper entero día y noche! ¡Ya iban a ver quién era este marinerito! ¡Mejor se fueran preocupando ellos de lo que era capaz el piloto Carlos Beta!

Pidió hablar con el capitán Bravo y le dio las gracias por mantenerlo a bordo.

-Una pregunta señor...-

-¡Sí, todas las que quieras!-

-¿Por el Estrecho o Panamá...?

Sonrió el capitán y lo palmoteó amistosamente, gesto muy poco frecuente. Master after God nunca fue muy comunicativo.

-Eres hombres de suerte, no lo puedes negar. ¡Por el Estrecho y una escala técnica en Punta Arenas! Habitualmente no se toca en Punta Arenas por razones... bueno... ya aprenderás, por razones económicas. Los viáticos se ganan desde que se zarpa del último puerto chileno. Creo que tu vas a ser el único marino a bordo que va a estar feliz con esa recalada.

Los ojillos grises y el pelo colorín de Carlos echaban chispas de alegría. La Juana no lo había visto nunca con insignias de oficial. Un telegrama a Puerto Natales y ya podían esperarlo en Punta Arenas, el Chono Barria y toda su parentela.

-No te hagas muchas ilusiones- lo llamó a la cordura el capitán. -Diez a doce horas a lo máximo y seguro que vamos a quedar a la gira.

Bueno, eso ya es asunto tuyo. Llama a tu gente para que venga a firmar.

Efectivamente el "Elqui" fondeó a la gira en Punta Arenas, sólo por horas, pero el piloto Beta obtuvo el permiso para bajar a tierra apenas botaron anclas.

La Juana radiante, bella si se quiere, pues había recibido el cablegrama oportunamente, se abrazó al joven y no lo soltó hasta que el viejo Barría los apartó con discreción.

-El mundo no se va a acabar niños- dijo como pidiendo excusas- ¡A ver piloto, chiquillo...! ¿Estás igualito, buen rancho a bordo, no? ¡Je, je! ¡Tengo una sidra... pero te la voy a embotellar mejor, sé que van a estar poco tiempo por estos lados! Yo instalé un bolichito de menestras en Agua Fresca, bien cerca de la casa.

-¡Abra su sidra no más suegro y nos tomamos un trago al seco! ¡A ver! ¡Vamos a un buen restaurant!

-¡Je, je! No sólo tu estás progresando muchacho. Ahora estamos levantando un invernadero por estos pagos, ¿cómo estoy...? y tomates, acelgas, repollos... ya te contará la Juana.

Cuando Carlos y Juana se despidieron en el muelle Prat, estaba amaneciendo, a pesar de que ya eran las ocho de la mañana y bien pasado. Abril era así en Punta Arenas. Todo oscuro, como si fuera de noche, en pleno día, los taxis con las luces encendidas y los buques alumbrando el muelle, el mar, las embarcaciones

surtas. Si hubiera sido diciembre, el sol habría iluminado la ciudad a las tres de la mañana.

Fue bueno que las cosas se dieran así pues permitió a la Juana vivir en horas, casi un año de recelos e incertidumbres. El joven todavía la amaba fuertemente.

El "Elqui" se fue alejando en la penumbra y la Juana lo pudo ver desde las casas altas de la población "Fitz Roy", cuando ya el buque era un puntito rumbo a la segunda angostura.

María

Nueva York es un mundo inhóspito de piedra, cemento y acero, donde muy pocos desearían vivir. Sin embargo es una de las ciudades mas pobladas del mundo. El dock señalado al "Elqui" estaba libre como un gigantesco aparcamiento de automóviles.

El atraque fue perfecto y el piloto Beta midió hasta los centímetros de inercia y calzó justo, popa de mantequilla...

-¡Fondo!- gritó el capitán al terminar el Práctico de bahía su aproximación.

-¡Eche al agua hasta el quinto!- agregó.

Los eslabones de la cadena, divididos en cinco paños,[1] cayeron a las sucias aguas con el estruendo acostumbrado.

-¡Tengo cinco en el agua, señor!- avisó el piloto una vez que los paños bajaron por el escobén.

---

1. 1 paño = 22,5 metros.

El inusitado movimiento a bordo, especialmente de los tripulantes novatos, fue atemperado por las órdenes del Piloto Oyarzo que determinó las guardias, los turnos y trabajos de descarga.

¿Guardia de puerto? ¡Conforme! Mañana bajaría Carlos Beta a tierra, solitario como siempre, con sus documentos bien asegurados, unos pocos dólares en la billetera y... ¡nada más! Los marineros descuidados se quedan sin dinero antes de llegar a la primera esquina. Mucha delincuencia.

-El próximo viaje me acompañarás en los saludos a la Agencia y en la recepción de instrucciones de Valparaíso- le advirtió el capitán.

-Muy bien señor-.

El joven oficial bajó a tierra apenas concluyó la guardia, corbata y zapatos lustrados, de paisano. Caminó, observó, quiso comprar una cámara fotográfica, dinero le sobraba, pero no se atrevió. El inglés de su infancia se le había olvidado y toda esa gente andando de prisa lo mareaba, avisos luminosos, codazos, disculpas por todas partes. Tomó un yellow car, grandes avenidas, la estatua de la Libertad, un mundo subyugante. Hombres negros, blancos, amarillos. Algo fantástico, nadie se fijaba en él, nadie absolutamente nadie. Pronto llegó el momento del gran desafío ¡la comida!

Se lo habían dicho a bordo, nada de restaurantes porque te sacan un ojo de la cara.

¿Cafeterías? Recomendables, pero después de tener un poco de experiencia, porque puedes señalar con el dedo unos porotos muy presentaditos y resultan azucarados. Búscate algo latino, portorriqueño o italiano.

Ahí estaba por fin. Con una sonrisa leyó el letrero que le apresuró los movimientos peristálticos del estómago.

-Pizzería Roma-.

Con un desenfado muy lejos de ser natural, manos en los bolsillos, entró al negocio, ojeando de pasada perniles, salames y hamburguesas. Esto último era muy importante porque en caso de apreturas con el idioma iba a ser su postrer recurso.

El Piloto tomó una silla, la acercó a una mesita y se acomodó. La gente entraba y salía, un italiano gordo daba instrucciones a viva voz detrás del mesón, urgiendo a los mozos, apurando a los cocineros. El chileno estaba perdiendo la paciencia. O daba un grito como todo el mundo ¡Pizza! -o se mandaba cambiar. ¿Y si se pronunciaba de otra manera...? Allá en Tekenika no había hamburguesas y a bordo del "Elqui" el cocinero era amo y señor. El joven iba a dar unas palmadas reclamando atención, cuando una muchacha morena, de ojos realmente impresionantes ¿azules? ¡No, celestes! vino hacia él.

-Yes, signore...

Carraspeó Carlos Beta, esperaba que le

otreciera pizza, el apetito se le olvidó de golpe. -¡Madre de Dios, y ese talle...!

-¿Yes signore?- repitió la joven, con los oídos y la mirada pendiente de otras mesas, con urgente desinterés.

-Excuse me... -hasta ahí iba perfecto Carlos. -I want... I like... yo quiero comer, to eat -hizo un gesto entre boca y estómago- Cualquier cosa, anything...

-Ya, ya -sonrió la niña, -What country are you from?... ¿De dónde vienes, de qué país... Mexicano?

-Chile, vengo de Chile, primera vez -explicó como pidiendo perdón.

-¡Chili! ¡Oh Chili! Io ho sentito parlare de tu paese just a little, el español, Chile, Argentina, Perú. Io te vado a servir, estudio spagnolo at school, estudio español... muy bueno, molto facile.

-¡Ah, nos podemos entender, inglés mío muy malo..! -sonrió Carlos, repentínamente sociable.

-Bene, ¿tienes hambre?-

-Yes, mucha hambre.-

-Io te serviró lo que quieras, ¿Una buona pizza, spaguetti, carne?-

-Anything, todo, cualquier cosa-

La joven volvió rápido con un plato suculento, salsas, tocino, queso; diéstramente dispuso los cubiertos. -¿Quieres leche, bear... cerveza?-

-Agua, no bebo licor...-

En un santiamén la muchacha retornó con una botella grande de agua mineral y dos vasos. -¡Eh! -gritó a su vez ella al hombre del mesón.

-¡Io vado a sedermi cui un momento, sono stanca, torno subito!

La juventud sabe entenderse, no necesita de muchas formalidades.

Conversaron animadamente a ratos y en otros la italiana supo callar, mientras Carlos adquiría confianza. La joven también comió media hamburguesa y acompañó a su cliente en la bebida. El siciliano iba y venía haciendo tintinear una cadenilla de oro sobre el chaleco, los parroquianos hablaban y engullían, las camareras corrían de allá para acá.

-¿Cómo te llamas?

-María ¿Y tú?-

-Carlos ¿Por qué no trabajas como tus compañeras...? Puede traerte molestias, esta pizzería está llena de clientes, gente de paso, marineros como yo. Parece que a cada momento aumenta el número y por uno que sale, ingresan dos.

María rió con ganas. -¡El negocio camina! ¿no? ¿Es que no te agrada mi compañía...? Dime la verdad. ¿No te molesta?- la muchacha hablaba con mucha espontaneidad, naturalmente, sin percatarse de los estropicios que hacía en el corazón del Piloto.

-¡Todo lo contrario! Jamás voy a olvidar

estos momentos, imagínate, hace un par de horas que desembarqué en este país y ya estoy conversando en castellano con una niña linda. ¡Todo lo contrario! No quiero que tengas problemas por mi culpa.

-¿Una niña...?

-Una señorita linda-.

-¡Eh....!

Menos mal que el piropo había llegado en el momento oportuno. ¿Dieciocho, veinte años? Cuello albo, rostro ovalado, manos finas, Carlos Beta pasaba de un punto de admiración a otro.

-Oggi... hoy no quiero trabajar más- dijo María. Luego agregó al ver la cara de sorpresa del marino. -Il padrone, il amo, es mi padre. ¿Entiendes? A veces le ayudo yo, otras le ayuda mi madre. Hoy me había correspondido a mí, pero de todos modos ya me cansé.

-¡Ah! exclamó el joven. Tú quieres practicar un poco de español. Todo lo que tu quieras... My ship, mi buque zarpa pasado mañana, vendré a comer de nuevo aquí, ojalá tu puedas estar.

-Tutto capito, te vas mañana...-

-No, pasado mañana, tengo guardia, ya es hora de que me vaya.

-¡Dopodomani! Pasado mañana, magnífico, ¿qué te parece si mañana damos una vuelta por Manhattan? ¡Siempre que tú puedas naturalmente..!-

-¡Por supuesto que sí! ¡Estoy libre...! ¿A qué hora te vengo a buscar... ocho... nueve...

dime tú?

-No, no -manifestó María. -Per te será difícil llegar hasta mi casa, e meglio que yo vaya al muelle. Anótame en esta servilleta el nombre de tu buque. A las nueve te estaré esperando en mi carro, es uno marrón, te lo enseñaré a la salida, lo tengo aparcado al frente, ahora te voy a dejar ¿qué te parece?-

Carlos se levantó, sacó su billetera, le dolía irse pues no era necesario, pero algo lo impulsaba a salir, su timidez indígena, tantas sensaciones repentinas, el deseo de ordenar sus emociones.

-Oggi fuiste mi invitado, domani pagas tú- rió la muchacha. ¡Ya via! -Te voy a dejar al muelle, espérame cinco minutos...-

El Piloto Carlos Beta, María, Nueva York, museos, catedrales, los ojos del oficial llenándose de maravillas y los de la muchacha sonrientes, misteriosos, esperanzados de amor.

Al mestizo sudamericano le agradó, en un principio, el sistema de vida norteamericano, su hipócrita way of living, con una discriminación racial, tipo apartheid, muy disimulada. Por un lado los indocumentados, los centroamericanos, los braseros mejicanos y los latinos en general. Por el otro los yanquis de cuarenta y una estrellas, terriblemente democráticos y domiciliados lo más lejos posible de los primeros. Todo armónicamente eso sí, respetando la libertad y el derecho a ser mandado como uno quiera, con la

condición adicional de no pretender cambiar el sistema. ¿Para qué cambiarlo? A Carlos Beta no le preguntaron de dónde venía, que pensaba de política, a cual religión pertenecía ni sus cánones culturales. Eso le resultó cómodo, una especie de mescolanza donde ninguno se preocupaba de los otros, donde se aceptaba a la gente tal como era, incluso aquella proveniente de los canales australes, habitantes de la Edad de la Piedra. Carlos empezó a sentirse bien entre los chinos y malayos, entornaba los ojos mongoloides y fingía ser uno de ellos, sin problemas aparentes, dueños también del incomparable establishment americano. Podía soñar, hacer planes y pensar en las cosas mágicas de su niñez, recuperarlas en su memoria adormecida por la transculturación de los últimos años. ¿Era verdad o era un sueño que una vez navegó por el mar de Drake rumbo a la isla Decepción, tripulando como muchacho una embarcación ballenera...?

-En esa oportunidad, María, -le relataba a la italiana-, cuando llegó el momento de disparar contra las ballenas jorobadas, me opuse sin motivo alguno y logré que huyeran a las profundidades. Me dieron una paliza de padre y señor mío, especialmente se cebó conmigo un capataz de apariencia yagana, con ojos turnios y la boca estirada como yo.

-Poverino...

¡Nada de poverino! Esa misma tarde me acodé en la borda y me puse a silbar una melodía

que sólo yo conocía, conjurando al mar o algo así me parece. Creyeron que con el apaleo me había vuelto loco. ¡ja, ja! Todavía me acuerdo, no fue un sueño. Emergieron tres hermosas ballenas jorobadas, grises, bufadoras. El arponero corrió a preparar sus herramientas y cuando estaba listo para disparar, silbé otras de mis melodías misteriosas y las ballenas desaparecieron de nuevo. El capataz indiano me tomó del cuello y quizo tirarme a las aguas, pero entonces ocurrió algo inesperado. El propio Capitán se interpuso y se colocó a mi lado, poniendo cara de estúpido igual que la mía, los mismos gestos, la misma voz, la misma ubicación de mis manos, el mismo silbido que trataba de sacar de sus asquerosos labios.

No resultó tan buen mago como yo. Las ballenas no aparecieron en todo el viaje. Me dieron otra paliza y me trasbordaron a tierra en cuanto pudieron. Creo que fue una buena decisión...

-¡Qué fantástico Carlitos...! Exclamaba María abrazando al joven. -Tu mundo es meraviglioso, increíble...

-Tú eres fantástica, mis recuerdos son raros, y seguramente aburridos ¿y tú...?

-¿Yo...? Niente, solo lavoro, da piccola solo lavoro, pizzas y macaroni. Mia grande aventura e questa, la piu bella aventura...

Estaba enamorada María y no hacía nada por disimularlo, con su rostro ovalado traspa-

rente de dulzura y ojos tan celestes que a veces Carlos no los notaba pues se confundían con la piel alabastrina, como algunas estatuas de la mitología romana. Ayayema, Kawtcho, Mowno, Kwanip, los dioses del mestizo fueguino eran todos masculinos, feos y tremebundos, sin estatuas ni figuración humana, por eso la vida era tan dura en los canales y las mujeres tenían la piel escamosa y las manos ajadas. No se imaginaba a Juana transformada en escultura, ni menos posando en una foto de postal, en cambio aquí, en Nueva York, en medio del bullicio y del cemento, esta italiana era lo más delicado que jamás había conocido.

Pero el padre de María no estaba muy conforme con aquella relación. La tranquilidad doméstica se había empezado a alterar en la casa familiar.

-Tu sai, María e pazza per imparare presto l'spagnolo- afirmaba comprensiva la madre.

-¡L'spagnolo! Filumena, tu sei... tu sei...! ¡Sporca miseria! ¡Tu sei stupida!-

El "Elqui" volvió dos veces a los muelles de Nueva York, una vez por el Estrecho, de largo, y la última por Panamá. Salvo una escueta carta a Magallanes, la mayor parte de las misivas de Carlos Beta llevaban la dirección de un restaurant neoyorkino. El Piloto apenas terminaba sus tareas bajaba a saltos la escalerilla del carguero y corría hacia el auto marrón que lo esperaba. Fue un amor intenso, encendido por la distancia,

pero con una profunda herida de por medio, una promesa que se derrumbaba. El remordimiento ya ni siquiera podía expresarse en cartas. El dique emocional no soportó el peso y Carlos Beta contó a María su compromiso matrimonial con Juana y el propósito de anular ese vínculo en el próximo viaje.

-¡Tu te quedas en Estados Unidos, trabajamos juntos! Io te voglio bene...-.

María no admitía réplicas, estaba enamorada y los problemas de su amado en el confín del mundo la tenían sin cuidado, mejor dicho, para ella simplemente no existían, ni le importaban. Exigió a su padre una ceremonia íntima para oficializar su compromiso con el chileno. Hubo escándalo en la casa del siciliano, amenazas, llantos y gritos. Doña Filumena no oponía resistencia, pero tampoco se sentía todo lo feliz que pudiera ser una futura suegra.

-Ricordatti Pietro cuando arribamo a queste paese...-

-¡Sí! -bramaba el hombre- ricordo tutto benissimo... ¡Ma... questi americani d'il sud...! Poco disimulaba el italiano su sentido discriminatorio, y le importaba un bledo expresarlo. ¿Quién diablo era? ¿Qué maldita sangre circulaba por sus venas?

A regañadientes se tomó una decisión. Carlos efectuaría un último viaje, arreglaría sus asuntos privados en Magallanes y se instalaría a trabajar en Nueva York. ¡Adiós marina mer-

cante! No se habló de matrimonio, pues era innecesario, pero sí de lavoro y de nacionalización. ¡Sí signore, tutto en regola!- Los agentes de inmigración norteamericanos son meticulosos y muy desconfiados cuando se trata de latinoamericanos sospechosos...

De regreso a Chile, en plena navegación, el piloto recibió un cable muy escueto. Decía simplemente: "Nuestro hijo nacerá próximo mes punto no he querido preocuparte punto ojalá puedas estar aquí, amorosamente Juana".-

Encerrado en su camarote, apagada la luz, el mestizo Carlos Beta no durmió aquella noche, ni en las siguientes. Ante el tribunal de su conciencia no hallaba asidero por donde absolverse. Todos sus proyectos se estaban derrumbando. Allá Juana, un hijo por venir, su vida fueguina, Ño Barría, los canales, y acá, recién a pocas millas... el mar, ese mar traicionero que lo llevaba de un fuego a otro, que lo hacía feliz y desgraciado alternativamente. Sintió deseos de lanzarse a sus abismos, desaparecer, volver a su primitivo Karukinká.

Pidió audiencia al capitán Bravo y le relató su desventura sin ocultar detalles, la situación de Juana, el compromiso con María, su desesperación.

-Perdone señor, yo sé que le estoy quitando tiempo, por favor...-

-Mire oficial- el capitán del "Elqui" peinaba canas y no se las teñía-. Yo creo entenderlo, la

vida es así -inició algo como un suspiro y lo extinguió con un estornudo falso-. Mire mi amigo, yo no doy consejos en casos sentimentales porque es tiempo perdido. Cuesta mucho madurar, a veces se fracasa, a veces yo mismo... Los enamorados son como los atunes jóvenes, cuestan que muerdan el anzuelo, pero cuando pican...

El piloto estaba a punto de pedir permiso para retirarse.

-...pero -continuó el capitán- es distinto cuando un subalterno le pide un consejo a su superior. ¡Mujeres, mujeres! El amor suele ser un episodio pasajero en la vida de los hombres, pero eso era antes, en los buenos tiempos. ¡Mire Piloto, le voy a hacer una pregunta y usted no se me va a enojar...!

-¿Yo enojarme? -el muchacho enarcó las cejas y afrontó la pregunta que fue certera y mortificante.

-¿Mi otro apellido? Yo soy Carlos Beta, siempre he sido el mismo... ¡antes era Charlie Beta Baxter! Y si fuera González o Rojas o lo que sea ¿qué tiene que ver?-. Un ligero temblorcillo movía la mandíbula del Piloto.

-¡Calma muchacho, calma. Te exijo que me escuches tranquilo, siéntate... vamos, siéntate! ¿Sabe esa joven italiana o norteamericana, de dónde vienes?-

-No, ni creo que le interese...-

-Conforme, ¿Y los padres de ella?-

Carlos Beta se encogió de hombros, ¿Qué tenían que ver en sus asuntos esas personas?. ¿El acaso les había preguntado su origen a nadie? ¿Porqué diablos a él y sólo a él le hacían preguntas?

El capitán se paseaba por la cámara, abrió una botella y llenó dos vasos. -Toma, sírvete un trago... Te sugiero que medites bien antes de adoptar una decisión final. Me pediste un consejo y te lo estoy dando. ¿Te parece razonable?

-¡Sí, por supuesto!

-Bueno, contéstame esta otra pregunta. ¿Al casarte con la italiana, te la llevarías a Chile o proyectas quedarte en los Estados Unidos?.

-Pensaba hablar primero con Juana, esperar el nacimiento de mi hijo, arreglar mi compromiso, dejarle todos mis ahorros... no sé. ¡Sería capaz de cualquier cosa por no verla sufrir!

-Bien, bien.. escucha joven piloto... tu eres marino, oficial de un buque, producto precisamente de tu ancestro aborigen. En Estados Unidos no te ambientarías jamás. ¡Eso pienso yo! Aqui se es yanki o no se es. Hay una salida y si no estoy equivocado, bueno, sería una lástima para la Compañía y creo que también para tí. El "Elqui" va a efectuar una escala técnica en el puerto de Colón, boca atlántica del Canal de Panamá. Te daré permiso para que tomes un avión y vuelvas a Nueva York. A ver, a ver.. -el capitán Bravo examinó unos documen-

tos que tenía sobre el escritorio e hizo un gesto aprobatorio. -El "Rancagua" debe estar fondeado en Nueva York la próxima semana. Yo haré los contactos con la Compañía en Valparaíso, para que autoricen tu trasbordo al "Rancagua" y si todo resulta como yo pienso, lo único que te exijo es que regreses a mi buque cuando resuelvas tu situación. ¿De acuerdo?

El Piloto se había levantado, quiso cuadrarse, estrechar la mano del capitán, pero una fuerza irresistible lo llevó a darle un abrazo.

-Perdón señor, gracias, muchas gracias-.

-No hijo, todo lo contrario, tu me has dado la oportunidad de ser útil o tratar de serlo, pues yo no tuve esa suerte y... bueno... no viene al caso. ¡Contesta el radiograma de Punta Arenas y apréstate a desembarcar en Colón.!

La Resolución de Charlie

En la pizzería de don Pietro nadie hablaba después que Carlos conversó con María y luego, en privado, con los padres. Fue una charla corta y extrañamente serena, casi cordial. Al retirarse besó en la frente, a la muchacha y ni siquiera dijo adiós. En la casa del italiano esa noche estalló la furia. El siciliano, racista, explosivo, echaba chispas por entre los mostachos y la señora Filumena lloraba. -Mia figlia sposata con indiano cileno. ¡Never! -El inglés le salía cómico-. ¡Tutti bastardi! -Questo e finito... ¡finito!

La joven se tragó buchadas de civilización y abrazó llorosamente a su madre. Amaba a Carlos Beta, fuera indio, marciano o lo que fuera. ¿Y ellos qué eran? ¡Emigrantes, despreciados y mirados en menos también! Sin embargo allá en la costa austral del mundo había una mujer y esa mujer estaba esperando un hijo. Con palabras

calmadas, como si no escuchara los bramidos de su padre, María alzó su voz, ella estaba enamorada de ese hombre y si él la aceptaba, partiría con él. Ya no era una niña, había dejado de serlo justamente al conocer a ese aborigen que era lo más civilizado que había encontrado en su vida. Sin embargo, sentía que todo se estaba derrumbando, lo había notado en los ojos de Carlos y, por último, el golpe final, definitivo, que ya presentía vino de sus padres. Era menor de edad y estaba obligada a obedecer. ¡De otra manera se liquidaba el negocio y volvían todos a Italia! ¡Y se daba cuenta a la Justicia y al Departamento de Inmigración!

La mama Filumena sabía que los consuelos sólo hacen más ásperas las grandes aflicciones y en lugar de seguir llorando acompañó a María hasta su dormitorio.

Carlos Beta volaba pensativo a Colón y tal como lo había previsto el capitán Bravo, el trasbordo se efectuó en el puerto panameño. En el "Rancagua" viajaba el Piloto Tabilo y esa noche, después de las labores, en plena navegación, Carlos Beta golpeó el camarote de su amigo. Hubo un abrazo largo y luego las confidencias y la angustia reprimida del mestizo.

-Dime, por favor... ¿He hecho bien o me he portado como un canalla...? -Te lo ruego Tabilo, por lo que más quieras, ¡dame sinceramente tú

opinión!

La pregunta de Carlos, en el límite de las lágrimas con la angustia reflejada en sus ojos, turbó al Piloto Tabilo, más antiguo y con mayor experiencia.

-¿Que quieres que te diga, amigo mío? Yo creo que es doloroso,- pero...- Tabilo también experimentaba una llamada lejana, venida de viejos pastoreos diaguitas, en su Norte Chico ancestral.

El amor pasa por nuestro lado como los gaviotines. Este mundo sigue siendo bestial y hay que ponerse duro. A mi también me duele, no creas. Sin embargo, en el mar... ¿Por qué crees tú que estamos a bordo de un buque, navegando, olvidando?. Mi mujer dice que soy un loco y que luego se me pasará. Ojalá sea así...-

Carlos jamás había abierto un libro de filosofía, sin embargo la vida le estaba enseñando a tomar las decisiones más brutales. Había vivido y experimentado a temprana edad lo que los adultos aprenden con mucho tiempo. Quizás si ya fuera hora también de recuperar su antiguo y feliz nombre de Charlie Beta Baxter.

Se levantó y salió del camarote, pues necesitaba urgentemente caminar y a bordo de un buque eso es un lujo. Algunos acostumbran a deslizarse por los recuerdos, recorren uno a uno sus proyectos, desmenuzan sus ilusiones. También se puede pasear por las estrellas o trotar hacia lejanas tierras siguiendo la estela del

buque. Otros dan una vuelta corta por la cubierta y vuelven a su camarote con el propósito de acostarse a dormir y olvidarse de todo.

-¡Cierto!- pensó el mestizo Charlie Beta entreabriendo sus labios en una sonrisa que ya casi había olvidado. Fue una buena decisión.

Glosario

Bagual	:	ganado enmontañado
Caranchos	:	aves de rapiña
Conchabear	:	permutar, trocar
Chamango	:	hombre de mar magallánico
Changuita	:	chango, gentilicio de antofagastino
Estoa	:	encuentro de mareas opuestas
Guaytequero	:	de las islas Guaytecas
Julano	:	tiburón pequeño, azulillo
Kaweskar	:	alacalufes, su lengua
Machuelos	:	pescadores coquimbanos
Managuá	:	marinero
Popitos	:	crías de lobos
Yagamaschiaga	:	país de los Yaganes

ACLARACIONES

La palabra yagan deriva de "yaga", nombre con el cual los indígenas designaban el Paso Murray, donde solían reunirse las tribus.

Yámana significaba hombre, persona de la propia raza. Fitz Roy los llamó tekenikas.

La palabra ona significa en lengua yagana "viento del norte". Los yámanas usaban esta palabra para describir el viento proveniente del sur de Tierra del Fuego.

Del libro "Treinta años en la Tierra del Fuego" de Alberto de Agostini. "Los primeros que sufrieron el pernicioso influjo de los civilizados fueron los yámanas y alacalufes, que vivían en los canales donde era más frecuente el paso de naves.

De ellos contrajeron numerosas enfermedades, como la tuberculosis, el sarampión y la escarlatina que causaron espantosa mortandad; de ellos aprendieron el abuso de los licores que quebrantaron su robusta fibra y fomentaron entre ellos otros muchos vicios que hicieron bajar aún más su escaso nivel moral.

Aventureros de la peor ralea, buscadores de oro y loberos cometieron impunemente acciones nefastas contra estos infelices e indefensos indios a los que remataban después bárbaramente a tiros".

"Hombres primitivos en la Tierra del Fuego". (Martín Gusinde).

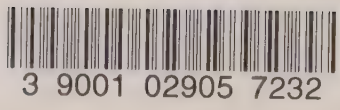
"La mortandad en masa de los yámanas empezó poco después de la fundación de la estación misional anglicana Como en ella se reunían muchos indígenas durante casi todo el año y anclaban allí muchos buques argentinos, se explica

porqué estalló precisamente en ese lugar la epidemia que alcanzó a todos los que estaban presentes en la estación...

Por los efectos de las epidemias que, como secuela de los blancos, tomaron carta de naturaleza en el Cabo de Hornos, la primitiva población de cerca de 2.500 miembros de las tribus había descendido a fines de 1945 a poco menos de cincuenta. Desde esa fecha ha seguido disminuyendo dicha cifra. Dentro de poco no habrá ningún yámana".

INDICE Págs.

Prólogo 9
El festín de los hambrientos 11
Las orejas del capitán Mansilla 26
El alacalufe perdido 36
El raque 53
Una buena decisión 65
El reflotamiento 82
En la isla de los hombres solos 88
¡Raqueros! 97
Otro ascenso 110
María 117
La resolución de Charlie 132
Glosario 137
Aclaraciones 139


3 9001 02905 7232

Obras del autor

- MUNDO APARTE, 1958 - cuentos.
- RONDA RONDANDO, 1962 - cuentos.
- TURNOS, 1963 - poemas.
- URANIDAS GO HOME, 1966 - ciencia ficción.
- LAS HERMANAS GONZALEZ, 1967 - novela.
- CARANCHOS, 1968 - cuentos.
- DIOSES DIFUNTOS, 1969 - cuentos.
- ORILLA ADENTRO, 1970 - cuentos.
- CAER EN DESGRACIA, 1972 - cuentos.
- DOS MUJERES, 1974 - novela.
- LOS GENOCIDAS, 1975 - cuentos.
- LOS BARBAROS, 1976 - casicuentos.
- SOL MAYOR, 1976 - poemas.
- BAJO DOS CARABINAS, 1977 - relatos.
- PAJA BRAVA, 1978 - crónicas.
- CUENTOS DE NIÑOS Y PAJAROS, 1979 - cuentos.
- LOS BATALLONES BULNES Y VALPARAISO, 1980 - ensayo.
- HISTORIA DE LA FUNCION POLICIAL EN CHILE, 1982-83 - 4 tomos - ensayo.
- CUENTOS DE LA CARRETERA AUSTRAL, 1987 - cuentos.
- CUENTOS PASCUALES, 1988 - cuentos.
- DEL MAPOCHO AL CHOLUTECA, 1988 - crónicas.
- HISTORIA DE LA COLONIZACION EN CHILE, 1989 - ensayo.
- HOMBRES DE GREDA, 1989 - cuentos.
- MI NOSTALGIA QUE VIENE, 1990 - poemas.
- S. O. S. KARUKINKA, 1990 - novela.

EDITORIAL LA NORIA